
La Revista de Santander

1931

Número 4

Tercer tomo

SUMARIO

Págs.

TOMÁS MAZA SOLANO: <i>El autor de «Costas y Montañas» en la Historiografía Montañesa</i>	145
CONCHA ESPINA: <i>Alamo</i>	159
JOSÉ MARÍA C. RODRÍGUEZ-ALCALDE: <i>Don Víctor Fernández Llèra</i>	161
FRANCISCO CUBRÍA SAINZ: <i>Trípticos de la Montaña</i>	180
TOMÁS MAZA SOLANO: <i>Libros de nuestra Montaña</i>	190

La Revista de Santander

1931

Tercer tomo

Núm. 4

EL AUTOR DE «COSTAS Y MONTAÑAS» EN LA HISTORIOGRAFÍA MONTAÑESA

Trabajo que ha obtenido el premio del Excmo. Ayuntamiento de Santander en el *Certamen literario y artístico organizado para conmemorar el primer centenario del nacimiento de don Amós de Escalante.*

COMO PRÓLOGO

Bien merece la entidad organizadora del Certamen literario y artístico, conmemorativo del primer centenario del nacimiento de don Amós de Escalante, que al comienzo de estas páginas se tejiera y entrelazase con frases de entusiasmo fervido un elogio en su honor, expresión de la gratitud de toda la Montaña, por haber pretendido trocar en realidad aquella esperanza que acariciaba la mente del gran Menéndez y Pelayo, cuando en el maravilloso pórtico que labró a los poemas del eximio cantor de la flor montañesa y de nuestra marina cántabra, hablaba de la gran deuda de agradecimiento que tiene con este esclarecido autor su tierra natal, y pensaba en los jóvenes de Santander por quienes había de comenzar la rehabilitación necesaria.

Y miel sobre hojuelas que haya sido precisamente la Juventud parroquial de San Francisco de esta ciudad la que ha acogido ese deseo del sabio que da renombre y lustre a nuestra tierra, ya que se ha dicho que el mar y los frailes de San Francisco eran las dos grandes devociones de don Amós de Escalante, quien como parroquiano de esa parroquia en ella fué recibido con devotas preces al cerrar sus ojos para siempre a las luces y resplandores de este mundo.

Suene y óigase, por eso, en honor de la entidad que ha organizado el certamen para conmemorar el primer centenario del nacimiento del ilustre escritor y poeta santanderino, el aplauso de todos los amantes de nuestras glorias regionales.

Pero a la vez traigamos a la memoria y procuremos grabar en ella, como leyenda que rodee y orle los blasones del escudo de armas de la juventud estudiosa de la Montaña, aquellas frases de don Marcelino Menéndez y Pelayo, paladín de toda cultura: «Crezca en nosotros el amor a las glorias de nuestra provincia, de nuestro pueblo y hasta de nuestro barrio, único medio de hacer fecundo y provechoso el amor a las glorias comunes de la patria» (1).

LA BIBLIOGRAFÍA EN LA MONTAÑA

El investigador que intenta conocer las fuentes bibliográficas y documentales de la historia de la provincia de Santander y analizar las distintas producciones impresas o manuscritas que han brotado en el campo de nuestra historiografía regional, observa y nota en seguida la falta de una bibliografía sistemática que reseñe y describa los fondos de nuestros archivos y bibliotecas y las obras debidas a los trabajos e investigaciones de los historiadores.

En *La Ciencia Española* del gran polígrafo y sabio maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, hay un capítulo, el II, en el cual se contiene una de las siete célebres cartas que el año 1876 publicó en la *Revista Europea* y que vieron la luz después coleccionadas en un volumen bajo el título de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española*, obra impresa de nuevo en 1880, notablemente corregida y aumentada, y que volvió a aparecer en nueva edición, también aumentada y muy refundida, en tres volúmenes de la *Colección de Escritores Castellanos*, en 1887-1888.

En ese capítulo trátase de la necesidad de fomentar la composición de monografías bibliográficas como medio de promover el estudio de la historia, y se añade un índice de *Diccionarios y Catálogos* impresos y manuscritos, «fruto de la investigación erudita», según manifiesta el autor. Al estudiar allí don Marcelino los trabajos bibliográficos de las distintas regiones, habla de la nuestra en estos términos: «A pesar de haberse contado entre ellos [los naturales y oriundos de su suelo] eruditos y bibliógrafos tan eminentes como lo fueron a fines del siglo pasado [se

(1) M. Menéndez y Pelayo: *La Ciencia Española...* 2.^a edic., Madrid, 1879, pág. 50.

refiere al siglo XVIII], don Tomás Antonio Sánchez, don Fernando José de Velasco, Floranes, el P. La Canal y La Serna Santander, ninguno pensó en registrar ordenadamente los trabajos científicos de sus contemporáneos. Algo se ha intentado en nuestros días. La Biblioteca nacional ha premiado en el presente año [1876] un *Diccionario de obras útiles para la historia de Santander*, obra de un extraño a nuestro país, el señor don Enrique de Leguina, a quien debemos agradecimiento por su diligencia» (1). Y en una nota a las precedentes palabras se añade en esa tercera edición de *La Ciencia Española*, que hemos citado: «don Eduardo de la Pedraja y Samaniego, poseedor de la más rica colección de libros y papeles relativos a la Montaña, tiene reunidas y ordenadas gran número de papeletas para un *Catálogo de autores montañeses*».

Pero ni el trabajo de Leguina ni las papeletas de Pedraja a que se hace referencia en esas líneas han llegado a publicarse.

De la serie de monografías crítico-bibliográficas acerca de nuestros escritores, que se propuso realizar el excelso historiador de la *Poesía castellana en la Edad Media* y cuyo plan señalaba él al insigne contemporáneo, campeón de la filosofía española, don Gumersindo Laverde, en carta de 3 de enero de 1875 (2), sólo por desdicha, llevó a cabo el primer tomo «dedicado a la apreciación de las producciones del novelista anglosantanderino don Telesforo Trueba y Cossío».

Valga lo dicho para darnos una idea de cómo se encontraban los trabajos bibliográficos referentes a esta provincia cuando en el año 1887 se publicó el primer tomo de la tercera edición de *La Ciencia Española*.

No han adelantado gran cosa desde esa fecha, y lamentable es, sin duda, si se tiene en cuenta el auge que han tenido esos estudios en diversas regiones de España, más importantes, acaso, que la nuestra en extensión geográfica y hasta por su historia y caudal bibliográfico; pero que son cualidades esas que no debemos considerar, pues para los naturales de una comarca, hartos es el cariño que deben profesar al «rincón nativo», para que esclarezcan con las luces de su ingenio o el asiduo trabajo de sus investigaciones, las letras regionales, aunque tan menegadas fueran que no admitan parangón con las que llevan el cetro de la cultura patria.

Carecemos, por tanto, todavía en esta provincia del primer capítulo de su historia, de ese fundamental e indispensable punto de partida para el investigador que dedique sus afanes al estudio de nuestra literatura

(1) Id. id. 3.^a edic., t. 1 (1887), pág. 66.

(2) Véase: *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)* por A. Bonilla y San Martín. Madrid, 1914, pág. 26-27. Creo ver un error en la fecha que Bonilla atribuye a esa carta; a mi juicio es del año 1876, no de 1875.

regional bajo cualquiera de sus aspectos; pues si es cierto que la bibliografía «no es la historia del saber humano, así como la estadística no es la administración» (1), también es verdad que «es al mismo tiempo el cuerpo, la historia externa del movimiento intelectual, y una preparación excelente e indispensable para el estudio de la historia interna» (2).

Y no cabe de ningún modo pensar que llenan y remedian esa laguna de la historia de esta región las varias bibliografías de carácter general en las que se dedican algunos artículos a la provincia de Santander. Citemos únicamente, como ejemplo, el *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España*, por don Tomás Muñoz y Romero (Madrid 1858); la obra de Ulysse Chevalier: *Répertoire des sources historiques du Moyen Âge* (el tomo 2.º que trata de Santander apareció en 1903); el *Manuel de L'Hispanisant*, de R. Floulché-Delbosc y L. Barrau-Dihigo (1920-1925); o el primer tomo de la *Historia Universal*, en publicación, dirigida por don Eduardo Ibarra y Rodríguez, en el cual ha publicado el P. García Villada (Barcelona, 1921), su interesantísima obra *Metodología y crítica históricas*, en la que se citan no sin algún error, en el capítulo dedicado al conocimiento de las fuentes históricas impresas, varias obras referentes a esta provincia.

El análisis y estudio así como la mera referencia de las obras impresas y manuscritas que tratan de la historia de la Montaña, exige por tanto, un trabajo de primera mano y de investigación propia, aunque puedan tenerse para ello, como excelente guía, algunas páginas de las que a este asunto dedica Menéndez y Pelayo en el *Estudio preliminar* que consagró a ensalzar la personalidad literaria de don Amós de Escalante (3).

ENSAYOS DE HISTORIOGRAFÍA PROVINCIAL

1) LA CRÓNICA DEL P. SOTA

Si examinamos aunque ligeramente las obras que más o menos directamente tratan de la historia de esta provincia de Santander, para poder deducir y señalar en un estudio comparativo, el lugar que corresponde al autor de *Costas y Montañas* dentro de nuestra historiografía, muy

(1) Gumersindo Laverde: *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas...* Lugo, 1868, pág. 262.

(2) M. Menéndez y Pelayo: *La Ciencia Española...* 3.ª edic. t. 1, pág. 49.

(3) *Poesías de don Amós de Escalante*. Edición póstuma precedida de un estudio crítico por don M. Menéndez y Pelayo. Madrid, 1907, pág. LVI-LXIX.

luego se advierte que hasta el año 1681 (no 1691 como se lee en el citado prólogo a las *Poesías* de Escalante y en otras obras posteriores que han copiado este error), en que el P. Sota da a las prensas la *Chronica de los Príncipes de Asturias y Cantabria*, no existe ninguna que se extienda y tome las necesarias proporciones hasta poder merecer el nombre de historia de esta región.

Fray Baltasar de Figueroa que puso la aprobación a la obra del cronista de Carlos II, halló el asunto de ésta «nuevo, decoroso y difícil, por todos tres títulos loable». Y el mismo benedictino Fray Francisco Sota afirma, tácitamente al menos, esta novedad del asunto que ha tomado para su *Chronica* al señalar como fuentes de la misma, hasta el primer siglo de la restauración de España «los autores antiquísimos, los más clásicos», y de ahí en adelante, únicamente los archivos, a los que da tal importancia que no duda en escribir: «Las escrituras de archivos muy antiguos y auténticos, son el alma de la Historia, por el fundamento infalible de la verdad que en ella se desea» (1).

Pero si de esto podemos deducir que el famoso benedictino de Puente Arce es el primero que aspira a ser el cronista de nuestra región, lo que no puede afirmarse es que lo consiguiera.

La importancia ciertamente infundada que se ha dado a esta *Chronica* del P. Sota nos obliga a dedicarla en este lugar un ligero análisis.

Fué publicada, como queda dicho, el año 1681 y no el 1691 como acaso por error tipográfico, se consigna en el prólogo de Menéndez y Pelayo a las *Poesías* de Escalante (2) y se viene diciendo en algunos otros libros que copian al sabio polígrafo (3). Se compone de tres libros de variada extensión, el primero de los cuales trata, en seis capítulos y en un espacio de cuarenta páginas, del sitio de la antigua y nueva Cantabria, de los lugares de la guerra de los Cántabros y de los elogios que se han consagrado tanto a éstos como a Cantabria. No deja de tener algún interés este primer libro de la *Chronica* de Sota para el estudio del tema que abarca, pues hecho con comentarios y observaciones a los textos de Ptolomeo, Estrabón, Plinio y Pomponio Mela y algunos otros autores que han tratado de Cantabria, ha sido tomado muchas veces como fuente de información en varias obras de nuestra historiografía regional, que han de contener por eso, los mismos errores que una crítica serena y concienzuda observe en aquél.

No cabe decir lo mismo del libro segundo, mayor que el anterior,

(1) *Chronica de los Príncipes de Asturias y Cantabria*... Madrid, 1681, pág. 623.

(2) *Poesías de don Amós de Escalante*... 1907, pág. LIX.

(3) Véase por ejemplo la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa, tomo 57, pág. 627.

pues comprende 20 capítulos que se extienden desde la página 41 a la 157, pero sin interés alguno para la historia de Santander y su provincia, como puede colegirse de la tesis que en él se trata de probar, según las mismas palabras de Sota: «Este segundo libro es para dar a entender que los invictos Príncipes de Asturias y Cantabria no fueron levantados de la plebe, ni fueron criados en el tiempo que padecieron las guerras de los romanos, si no que ya eran mucho más antiguos, y procedían de la primitiva Nobleza Soberana, que hubo en el mundo después del Diluvio universal».

Ya don Manuel de Assas en su *Crónica de la provincia de Santander* combatió las teorías que vierte el P. Sota en este libro, donde se olvida totalmente el benedictino de Puente Arce del valor de los fondos documentales de los archivos y de las escrituras de los libros becerros de monasterios y catedrales que tanto ensalza otras veces, fundamentando el contenido de esa parte de su obra en los hechos peregrinos y fabulosos de apócrifos cricones. Por eso nos habla del rey Osiris, de su vida y hechos, sus peregrinaciones por el mundo para enseñar el uso del pan, del vino y la agricultura; de la reina Isis y sus virtudes, de las leyes que Osiris establece en su reino de Egipto; de los hijos de ese rey que vinieron a España y de los hechos de Hércules a quien hace legítimo fundador de la corona de esta Nación.

Con evidente error se ha dicho por tanto, que este libro II era la parte mejor de la *Chronica* de Sota, (1) confundiéndole, sin duda, con el tercero que es a quien en rigor cuadra ese juicio favorable.

Compónese éste, en efecto, de 58 capítulos que abarcan desde la página 159 a la 622; y habiendo tenido como fundamento de muchos de ellos escrituras y documentos de los archivos del convento de Santa María de Aguilar de Campóo, de la catedral de Burgos, de la villa de Santander, de Oña, y los libros becerros de otros varios monasterios e iglesias, bien cabe afirmar que es este tercer libro el más interesante de la *Chronica* de Sota. Pero aun aquí fundamenta a veces sus asertos en los falsos cricones, aunque a la vez condene «los Nobiliarios que se han escrito sin noticias de archivos» (2), y quiera poner más de relieve la verdad de sus afirmaciones con aquella nota que añade al pie de algunas escrituras: «Sacóse del archivo de dicho monasterio donde la vimos y copiamos».

La mejor glosa y el más interesante análisis que hasta el día se ha hecho de este III libro de la *Chronica* del P. Sota, donde se escribe la historia de los reyes de Asturias y Cantabria, puede verse en la obra del

(1) Enciclopedia Universal Ilustrada, Espasa, t. 57, pág. 627.

(2) Sota, obra citada, pág. 581.

benemérito investigador e ilustre general de Ingenieros don Fermín Sojo y Lomba: *Ilustraciones a la Historia de la M. N. y S. L. Merindad de Trasmiera* (1).

De la lectura de tan interesante estudio se desprende el lugar y la utilidad de la *Chronica* de Sota dentro de nuestra historiografía regional, ya que ese estudio se concreta especialmente a esa parte de la *Chronica* que cabe considerar como el primer esbozo o bosquejo de la Historia de la Montaña.

2) LA HISTORIA DE LA MONTAÑA EN LOS SIGLOS XIV, XV Y XVI

No faltan en verdad, anteriores a la Crónica del P. Sota algunos libros que se ocupen de la historia de nuestra región, si bien tratando únicamente asuntos determinados y concretos o refiriéndose a localidades especiales que hoy están incluídas en la división administrativa de provincia de Santander.

El siglo XIV, por ejemplo, nos ofrece el *Becerro, Libro de las Behetrías de Castilla* (2), apeo general del reino mandado hacer por don Alfonso XI y que da principio el año 1340. Las importantes noticias geográficas, los auténticos datos sobre los lugares de behetría, señorío, realengo y abadengos de las merindades de Asturias de Santillana, Trasmiera, Liébana, Pernía y Aguilar de Campóo; los ilustres apellidos que este notable monumento histórico contiene, respecto de las expresadas merindades le hacen merecedor de ocupar el primer puesto entre los demás apeos hechos con posterioridad.

También es de la décima cuarta centuria, pues fué compilado el año 1371, el *Arbol de la casa de Ayala*, escrito por don Fernán Pérez y conservado entre los manuscritos de don Luis de Salazar, y que para esta región ofrece el interés de contener curiosas noticias genealógicas de la casa de Cevallos, las que han sido posteriormente aumentadas con notas del mismo Salazar y de don Blas de Barreda.

Al siglo XV corresponde otro apeo o catastro de las Asturias de Santillana, hecho en 1404 por orden del infante don Fernando de Antequera, publicado recientemente, también en Santander, por el inteligentísimo y laborioso investigador don Fernando González Camino y Aguirre; y *Las Bienandanzas e fortunas* de Lope García de Salazar (3). Esta última obra no obstante las fábulas que también contiene, reúne abundantes y curiosas noticias sobre el origen de gran número de linajes de

(1) Tomo I, Madrid, 1930, pág. 259-341.

(2) Impreso por primera vez en Santander, por el librero Fabián Hernández, 1866.

(3) Se publicó esta obra en Madrid el año 1884.

la provincia de Santander y sobre los bandos y parcialidades en que estaban divididos en esa época.

Más abundante nuestra bibliografía durante el siglo xvi, encontramos en él el célebre *Memorial* del pleito de los valles de Camargo, Villaescusa, Cayón, Penagos, Alfoz de Lored, Cabuérniga, Cabezón y Reocín con don Iñigo López de Mendoza; obra ésta muy rara que contiene íntegros notables privilegios y donaciones en favor de los Valles y de la Casa de la Vega, y curiosos datos y noticias sobre la sangrienta lucha sostenida con tesón por los mismos Valles contra el Duque del Infantado, hasta que consiguieron su reversión a la corona que era lo que intentaban.

Asimismo son del siglo xvi la obra del doctor Alfonso Rodríguez de Guevara intitulada *Fundación y antigüedad de España y conservación de la nobleza de Cantabria* (Madrid, 1586); la del licenciado Andrés de Poza: *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de España, en que de paso se tocan algunas cosas de la Cantabria* (Bilbao, 1587); el *Memorial de algunas antigüedades de la villa de Santander*, por Juan de Castañeda (Ms. 1592), en el que el autor procura investigar acerca del nombre y límites de la provincia de Cantabria, describe la colegial, enumera las diez y ocho ermitas de su distrito, los abades más notables y los seis linajes más calificados de la villa, que eran Escalante, Pámanes, Sánchez, Calderón, Calleja y Arce.

También pueden ser enumeradas en esta centuria la obra de Zurita *Cantabria, descripción de sus verdaderos límites*; la *Historia del convento de Santo Toribio*, de Sandoval, citada por Méndez Silva en su *Población de España*, y la *Vida del beato Bernardino de Obregón* que compuso Francisco de Herrera Maldonado y ha sido fundamento de los otros estudios biográficos que se han publicado posteriormente acerca del mismo Bernardino de Obregón.

Los títulos y portadas de estas obras, en ocasiones, o el breve comentario que a alguna de ellas he añadido, nos da bastante a las claras la idea de su contenido y por ello se desprende fácilmente que no pueden ser tenidas como trabajos de conjunto y de síntesis histórica sobre la Montaña, sino únicamente como meras aportaciones históricas más o menos fundamentadas en sólida base, acerca de un asunto particular y concreto o de una comarca o región especial de lo que actualmente se denomina provincia de Santander.

3) LOS AUTORES POSTERIORES HASTA EL SIGLO XIX

A la misma centuria que vió aparecer la *Crónica* de Sota corresponden los *Elogios de la Cantabria*, del capitán don Fernando Guerra

de la Vega, señor de Rioseco en la Montaña, procurador general de la villa de Santander, gobernador de sus armas y alcalde del Castillo de Santa Cruz de la misma villa. Obra sin crítica alguna y llena de fábulas y en la que se observa el gran desconocimiento de la antigüedad y la falta de preparación de su autor para los estudios históricos. *Santoña laureada*, manuscrito del año 1677; la *Historia en dedicatoria grandeza y elogios de la muy valerosa provincia y jamás vencida Cantabria, nombrada hoy montañas bajas de Burgos y Asturias de Santillana*, escrita por el licenciado don Pedro Cosío y Celis e impresa en Madrid en 1688, y en la que el autor que era natural de Carmona, demuestra estar poco versado en estudios generales de Historia y en los particulares de este país, no ofreciendo por eso esta obra, a pesar de su título, interés alguno en nuestra historiografía montañesa, aunque contenga al fin algunas noticias de los orígenes de los linajes de Cosío, Cos, Celis, Mier, Terán, Bustamante, Torre, Isla, Velarde, Lamadrid y Barreda, la mayor parte de los cuales los supone oriundos nada menos que del rey Astur.

En Salamanca se publicaron en 1689-1691 los dos tomos de las *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, del P. Gabriel Henao, obra que tiene como fin primordial señalar los límites de la Cantabria, incluyendo en ella a las tres provincias vascongadas, objeto principal de su estudio, pero que no obstante los errores que contiene, interesa para la historia de nuestra provincia en lo que se refiere a las costumbres de los Cántabros, a sus guerras en tiempo de Augusto, y a otras particularidades así como por los interesantes documentos sobre la villa de Castro-Urdiales que contiene.

Mayor interés nos ofrece, dentro del campo de la historiografía regional, el siglo XVIII. Citemos, como ejemplo, algunas obras: Fray Alonso del Pozo escribe su *Historia de la milagrosa imagen de N. S. de las Caldas*, impresa en San Sebastián en 1700; el doctor don Fernando Calderón de la Barca publica en Madrid en 1710 su libro de ampuloso estilo cuya portada pomposa reza: *Consultación jurídica, crisis legal sobre la reedificación de una presa y sus buytronerías en el río Saxa-Besaya, dentro de los límites y términos, en cuyos sitios y pozos la casa de Calderón de la Barca, de inmemorial tiempo a esta parte, tiene el privativo derecho de pescar salmones y otros peces reales, con redes barrederas, buytronerías, rasgales y todo género de armanzas y demás instrumentos, y prohibir a otros el que pesquen*; entonces aparecen también muchos de los *Memoriales* de pleitos y disensiones entre pueblos y linajes, o que describen las armas, el origen y la descendencia de muy nobles y antiguas casas y los servicios y méritos de esclarecidos personajes, etc., etc.

Asimismo son de ese siglo las varias obras acerca de Cantabria que

tienen singular importancia para la Historia provincial: la de Larra-mendi en 1736, la de Flórez en 1768, y posterior a ésta el trabajo de don Rafael Floranes sobre el mismo tema, que fué leído por su autor en la Academia de la Historia en las sesiones del 30 de junio, 7 y 14 de julio de 1769; los libros de Ozaeta y del P. Risco en 1779, y los de Pérez Villamil y Fernández Palazuelo también de esa época, como igualmente lo fueron las *Memorias a Santander y expresiones a Cantabria*, de Fray Ignacio de Bóo Hanero; los *Anales* de Corbán por Fray Diego de la Concepción, y las Memorias y relaciones de varias iglesias; y la más notable de todas, las *Memorias antiguas y modernas de la iglesia y obispado de Santander*, de Martínez Mazas, trabajo para el cual escribió don Amós de Escalante un prólogo, pues era la primera de las obras que pensaba dar a las prensas aquella *Sociedad de Bibliófilos Cántabros* de la que hemos de hablar en otro lugar. Estas *Memorias* de Martínez Mazas son, sin duda, el estudio más extenso que se ha hecho sobre ese tema, pero no hemos de repetir ahora el juicio que de ellas hizo Menéndez y Pelayo, ni lo que sobre las mismas pensara el ilustre autor de *Costas y Montañas* y que puede verse en uno de los números del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo* donde se ha publicado el prólogo a que hago referencia anteriormente.

Los *Entretenimientos de un noble montañés...*, de Francisco Javier de Bustamante, la *Relación de la iglesia de Santander y sucesos más memorables de ella...*, que escribió el Obispo don Rafael Menéndez de Luarca, y unas breves *Noticias sobre la Colegiata de Santillana*, escritas en latín por don Pedro Rodríguez Campomanes, cuando el autor seguía sus estudios en la expresada villa, han de ser los últimos trabajos de que se haga mención en estas notas que intentan poner de manifiesto el estado de nuestra historiografía antes de alborear el siglo en que don Amós de Escalante había de recorrer las *costas y montañas* de nuestra región, recogiendo cuanto de la historia social y política, artística y militar veía en las tradiciones y memorias o en las escrituras de los archivos, para tejer con hilos de oro y frase rítmica y musical las bellas páginas de ese bello libro que ha sido llamado por Menéndez y Pelayo «geografía poética, de un territorio», «epopeya en prosa de una raza que la historia nacional había olvidado casi por completo después de su heroica aparición en los anales del pueblo romano» (1).

(1) Prólogo a las *Poesías* de Escalante. Madrid, 1907, pág. XLIX.

LA HISTORIA DE LA MONTAÑA EN EL SIGLO XIX

1) TRABAJOS MÁS NOTABLES HASTA LA CRÓNICA DE ASSAS

Larga y enojosa, pero necesaria, la relación que precede de obras y autores que tratan principalmente de la Historia de esta provincia, ha de tenerse como indispensable fundamento para el estudio de los trabajos e investigaciones que acerca de ese tema se han llevado a cabo en la Montaña durante el siglo XIX, época en que *Juan García* dió a las prensas la primera edición de *Costas y Montañas*, obra de marcadísima importancia en la historiografía montañesa y que no ha perdido el mérito e interés que la crítica le dió al salir a la clara luz de las letras de molde, ni cedido todavía, a pesar de los años transcurridos, el lugar de preferencia, y único sin duda en su género que le fué señalado en nuestra literatura regional.

Preocupados andaban, al parecer, el Alcalde y Regidores de la ciudad de Santander, en los primeros años de ese siglo con la historia de la provincia, como nos lo demuestra el acuerdo tomado en sesión del 20 de diciembre de 1820 que dice así: «Se dió comisión al Sr. Alcalde 2.º y Sr. Regidor D. Manuel Carrias para que con vista a los trabajos hechos por el Sr. D. José Mazarrasa sobre la historia de esta Provincia y sus contestaciones, manifiesten lo que se les ofrezca y parezca en orden a la recompensa y pago de trabajos que pide dho. Mazarrasa».

No he podido ver, ni sé tampoco dónde paran esos trabajos acerca de la historia de esta provincia mencionados en el referido acuerdo municipal, pero quede éste consignado aquí como punto de partida de una investigación que brindo a los aficionados a estos estudios.

En 1821 se imprimió en Madrid un opúsculo de pocas páginas que contenían una «*Descripción geográfica de la provincia marítima de Santander, precedida de un discurso*». Era precisamente este folleto la *Primera memoria leída en el Ateneo Español*, la noche del 23 de junio de 1820, por el ciudadano F. C. [Felix Cavada], y se puede considerar como un ensayo geográfico-histórico de la provincia, a la que trata de describir en su aspecto físico, así como los usos y costumbres, carácter e industrias de los habitantes de la misma.

El interés que la Montaña tenía para el autor de esa *Memoria* se desprende de las palabras siguientes: «La provincia marítima de Santander ofrece a los que quieran describirla particularidades que llaman la atención del hombre más insensible; conserva en el corto espacio de 240 leguas cuadradas diferencias notabilísimas que dividen a sus naturales digámoslo así, en familias diversas; y sin embargo, apenas se sabe

de alguno que tomase el trabajo de darnos una descripción para conocimiento de lo que así en lo físico como en lo natural la distingue» (1).

Varios trabajos más o menos interesantes para la historiografía montañesa siguen a la *Memoria* de Felix Cavada durante el siglo XIX, citemos entre otros una *Memoria sobre las ocurrencias de Santander en el año 1833*; la *Descripción física y geológica de la provincia...* por don Amalio Maestre publicada en Madrid en 1864; la *Compilación histórica, biográfica y marítima...*, por Gregorio Lasaga Larreta (Cádiz, 1865), hasta llegar a la *Crónica de la provincia de Santander* que don Manuel de Assas publicó en Madrid el año de 1867, época en que don Gervasio Eguaras Fernández forma su interesante *Colección de documentos para la historia de la provincia*, obra de singular importancia para aquellos tiempos, aunque en la transcripción de documentos esté lejos de llenar las prescripciones y leyes que exige la crítica histórica de nuestros días.

Este aspecto ofrecía el campo de la investigación y de los estudios históricos en la provincia de Santander cuando el ingenio de don Amós de Escalante rimaba sentidos versos de clásica forma y rítmicas consonancias o tejía las maravillosas páginas de sus libros en prosa.

2) LA APARICIÓN DE «COSTAS Y MONTAÑAS»

Año de júbilo fué para la Montaña el de 1871 en el que la imprenta de Tello publica en Madrid *Costas y Montañas*, «libro de un caminante», pero de un caminante que describía con toda la belleza de que es capaz el habla castellana, el monte y el valle, la vieja ermita y el palacio en ruinas, la torre derruida y la casona de severa portalada, con los recuerdos y memorias y costumbres y tradiciones que aún flotaban en el ambiente de la Montaña, y cuyos ecos todavía se escuchaban entre los rumores de la fuente campesina y del río aldeano, o al son de las auras murmuradoras que traían efluvios y rumores de mieses y campos en flor.

Juan García era el autor de este libro según dice la portada del mismo. «¿A qué santanderino (pregunta don Eduardo de Huidobro) será preciso enseñar que Juan García y Amós de Escalante fueron una misma persona? Ojalá no hubiese usado nunca de tal seudónimo, dice Menéndez y Pelayo», pues con él dañó a la popularidad de su nombre entre las gentes, fuera de la comarca, donde en todos tiempos sonó con honra su antiguo y verdadero apellido, tan bien llevado por él, y donde se puso majestuosamente el sol de su vida, fecunda en buenas acciones, en cristianos ejemplos, que bastarían para hacer venerada y venerable

(1) Memoria leída en el Ateneo Español en la noche del 23 de junio de 1821. págs. 11-12.

su memoria, aunque no la enalteciesen los frutos de su ingenio, que son también obras buenas como nacidas al calor de un alma tan cristiana y hermosa» (1).

En la trama bellísima de un lindo soneto ha tejido una glosa a *Costas y Montañas* un ilustre letrado, escritor y poeta de esta provincia, don Ramón de Solano y Polanco, cuando afirma que es

«...el libro de un artista soberano,
soñador, montañés, noble, cristiano,
¡señor de la más alta poesía!

Al monte abrupto y a la mar bravía
a la «Casona», al pórtico romano,
al cuento viejo, y al rincón aldeano,
da vida espiritual su fantasía» (2).

La aparición de *Costas y Montañas* trajo sin duda alguna a las letras regionales savia y vigor de primavera, rumores de auras del valle y de la sierra, y puso en muchas almas, pero especialmente en los moradores de esta comarca, como lo hicieron los libros de Pereda, el deseo de conocer y andar aquellos caminos de la Montaña que se había aprendido de memoria don Amós de Escalante y en los que había descubierto su finísimo y equilibrado espíritu de artista lugares de singular encanto, ambiente y paisajes llenos de belleza y de memorias o recuerdos de antaño, sabroso manjar para el caminante ávido de emociones.

Otra musa de la Montaña, la del inspirado y delicadísimo poeta, gloria de nuestras letras, don Enrique Menéndez, que hizo en bellos sonetos el elogio de los libros de *Juan García*, canta en el dedicado a *Costas y Montañas*:

Nuevo y más hondo amor le tributaron
por tí sus hijos al paterno suelo,
y ciegos le aman con creciente anhelo
los que nunca a su sombra reposaron.

¡Cuántos ojos que en vano se elevaron
buscando en cielo extraño el patrio cielo,
de su perdida luz y su consuelo
un rayo en estas páginas hallaron!

(1) Eduardo de Huidobro: Unas cuantas docenas de seudónimos de escritores montañeses. (*El Diario Montañés*, 17 de abril de 1923).

(2) *Libro de Versos*, Madrid, 1922, pág. 137.

Con blando afán al ánimo anhelante
traes de la dulce patria las ternezas,
de sus campestres brisas los murmullos;
y el mar, tu eterno amor, te da constante
su ronca voz para plañir tristezas,
y en las horas de luz su blando arrullo».

La falta de tiempo, dado el plazo improrrogable de este Certamen, me impide dedicar algunas páginas a reseñar y resumir los varios artículos y juicios que se dedicaron a ensalzar y poner de relieve el mérito de *Costas y Montañas*, tanto al aparecer en letras de molde como después y por circunstancias especiales.

Sin embargo, no dejaré de consignar aquí unas frases de don José Antonio del Río y Sáinz que ponen de manifiesto el interés que despertó la aparición de *Costas y Montañas* y el entusiasmo con que fué recibida esa «obra originalísima y sin precedente» en nuestra historiografía regional, como la llama otro notable escritor de esta provincia, don Demetrio Duque y Merino (1). Dice así el autor de la *Efemérides* hablando de *Costas y Montañas*: «Es la obra que ha dado más renombre a su autor, y seguramente estamos de que es la que más pronto se distribuyó entre sus apasionados; persona conocemos nosotros que antes se olvidaría de meter en su maleta medias y camisas, que de poner debajo del brazo, a semejanza de los curas franceses con su breviario, *Costas y Montañas* al ir a emprender un viaje por cualquiera de las comarcas de que tan precioso libro se ocupa» (2).

TOMÁS MAZA SOLANO

Continuará.

(1) Artículo sobre Escalante, publicado en *La Epoca*, después de la aparición de *Costas y Montañas*.

(2) *La Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*. Tomo I, Santander, 1885, pag. 155.



ALAMO

1

*Alamo caminero
con lazo de primera comunión;
gigante niño bueno
en la procesión
interminable del sendero.*

*Cándido cirio
con la venera blanca
del turismo;
fogaril del que pasa
la negrura del cauce anochecido.*

*Madera para cunas y ataúdes;
ramazón en la lumbre
dorada del invierno;
cabellera peinada por el viento.
Índice que en las nubes
clavas tu devoción;
mirada verde puesta en Dios.*

*Álamo caminero,
el del camino real;
tabla rubia para un lecho nupcial;
trinquete del velero
que enarbola todos los sueños
de la Mar.*

*Aquieta en el murmullo
de tus hojas
mi caminata loca,
numeroso trasunto de una vida;
enciéndeme la antorcha
de tu cinta,
lechada de cal viva
que no se acaba nunca,
porque la extiendes al hermano tronco.
Y así va de uno en otro,
por los árboles inclitos,
radiante la blancura
del trayecto infinito...*

*Así vaya contigo
mi corazón, creciendo
en señales de Amor y Claridad
álamo caminero,
el del camino real.*

CONCHA ESPINA

Vivar del Cid, otoño de 1931.



DON VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA

Nació en Hoznayo en 28-VII-1850.

Murió en Santander en 23-X-1923.

Recuerdo que cuando don Víctor Fernández Llera acabó de firmar las papeletas de examen de los que a la sazón—mayo del 1916—habíamos terminado el segundo curso de Latín, pronunció, con emoción justificada en un hombre de tan buen corazón como el suyo, unas sentidas palabras de despedida a los que habíamos convivido en sus aulas de Castellano y Latín durante tres cursos académicos.

Señaló don Víctor, con tristeza no disimulada, la brevedad de la vida, trayendo a sus labios las primeras estrofas de las coplas de Jorge Manrique, tan sugeridoras de amargura, aplicadas de tejas abajo, como confortadoras si se contempla la vida humana en la tierra desde el observatorio de la filosofía católica y sobre la inconmensurable, espiritual altura a que eleva la fe cristiana, mostrándose desde el tal observatorio y bajo la tal elevación la vida terrenal como principio, ya maravilloso, de las maravillas inefables que al hombre han de rodear, y adentrarse por él, en su existencia sin fin.

Parecíannos las consideraciones que don Víctor nos expresaba en torno a la cortedad de la vida perecedera, exageradas afirmaciones, pues en los años de la niñez el tiempo se deja contar con menos precipitación que cuando la edad avanza, y se nos antoja, cuando niños, el vivir interminable, como si el pecado original no hubiera motivado, entre otros muchos pavorosos males, el fatal de la muerte.

Con razón dolíase don Víctor de la velocidad con que la vida pasa, pues la vejez le había ya vencido y la muerte se le acercaba sin temor a las explosiones del mal genio que sin miramientos a nada ni a nadie se producía en los nervios del buen profesor, siempre dispuestos a salir incontinentes, no obstante la resistencia que les oponían las grasas que le habían invadido hacía tiempo.

Don Víctor, que, por la afición que al Latín teníamos algunos de los que en la referida ocasión terminábamos de estudiarlo en el Instituto, había manifestado singular predilección por mi curso, sé que sintió pesar al despedirse de nosotros, y varios de los que entonces oímos su adiós, también lamentábamos la conclusión de nuestros estudios con él, pues, pese a sus brusquedades e intemperancias frecuentes, era Fernández Llera un profesor cariñoso que, con arraigada vocación docente, enseñaba, con desdén para el elogio que por ello merecía, poniendo toda su atención en lo enseñado y traspasando las lindes de sus asignaturas para iniciar a sus discípulos en otras disciplinas en las que era competente, siempre con criterio humanístico, y, sobre todo, para ilustrarlos en la historia de Santander, de la que era devotísimo y cuyo desenvolvimiento de setenta años para acá había seguido amorosamente paso a paso, como si su forzosa ausencia por profesar en otro Instituto—el de Murcia—no le hubiera alejado de aquí durante varios cursos y, por lo contrario, más le hubiera aproximado en el espíritu a la vida santanderina.

No sólo era maestro entusiasta don Víctor cuando en el Instituto, sin parar mientes en la hora señalada para entrar o salir de la clase, atendía a sus deberes profesionales; era maestro siempre, unas veces con familiar tono de conversador infatigable y luchador con su asma, otras con gritos y con voces de dómine furibundo, pero siempre con el anhelo de aplicar a lo que decía las normas de la sana lógica, en algunas circunstancias dañadas por su carácter de dogmatizante o por extravío de su imaginación, la cual se adueñaba, por el acicate de sus sueltos nervios, de su entendimiento claro y bien dirigido por la formación sólida de su cultura.

Varón de extraordinario mérito, estudioso sin ser «empollón» de por vida precisamente, pues, a lo menos, en sus últimos años más gustaba de las generalidades de la filosofía que de los detalles y más detalles de la erudición; dotado de una inteligencia poco común, de una memoria felicísima y de una imaginación juvenil aún en la senectud, pudo don Víctor Fernández Llera ganar gran predicamento entre los doctos de su época, y si bien es cierto que algunos de éstos le juzgaban en lo mucho que valía, es cierto igualmente que los posteriores solamente por casualidad toparán con el nombre del catedrático santanderino y que para la inmensa mayoría de la gente montañesa coetánea y posterior a él

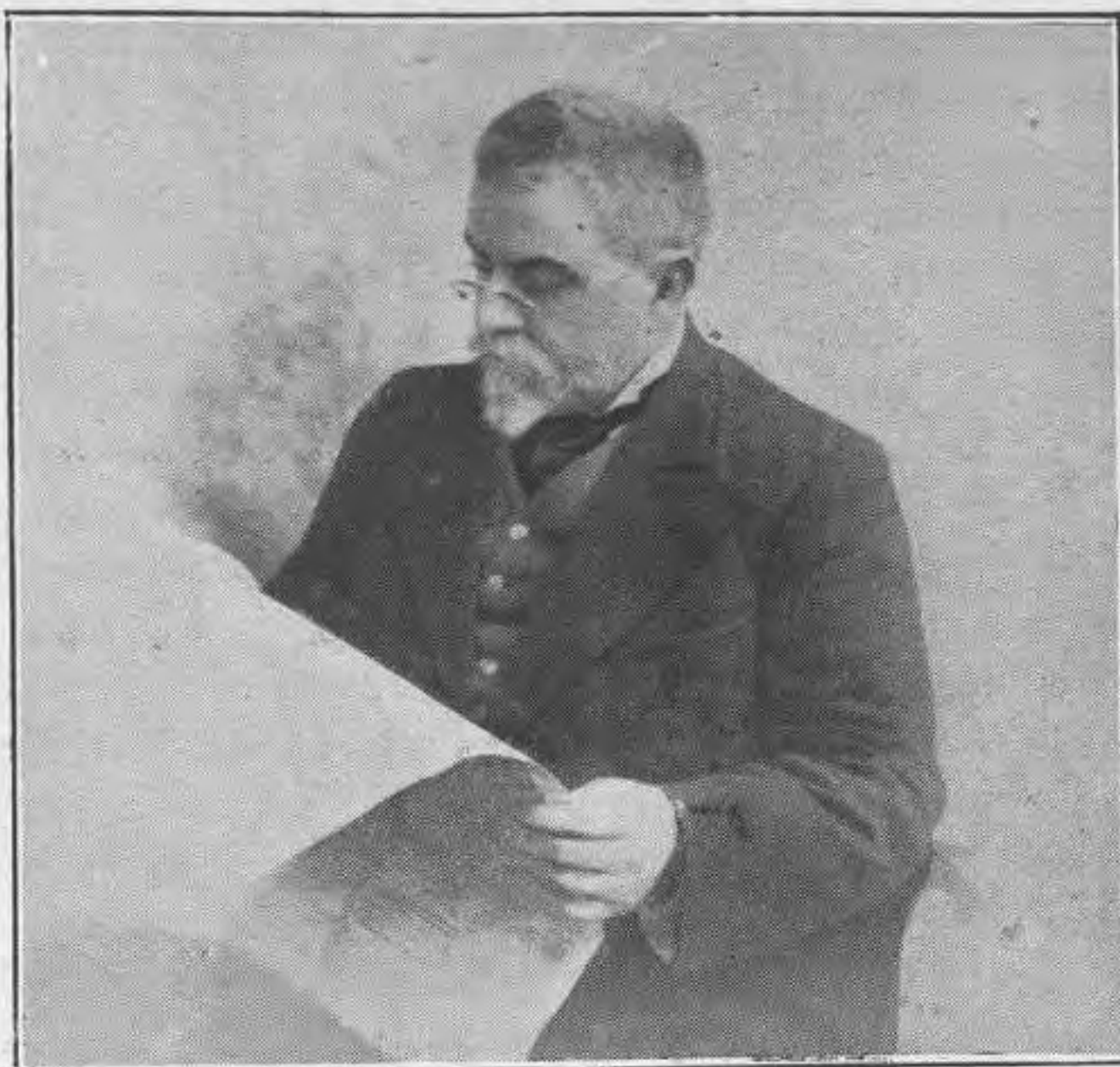
el recuerdo de don Víctor será acaso conservado más que por los merecimientos suyos, por los incidentes que en distintos órdenes de la vida de la ciudad produjo, aumentó o sostuvo por obra y gracia, cuando no desgracia, de sus enfados inevitables e invencibles.

Contemporáneo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, si bien tenía unos años más que nuestro sabio glorioso,

fué don Víctor un devoto admirador de la persona y de las obras del portento máximo de la Montaña, con quien tuvo amistad desde niño. Fernández Llera nos refirió en clase cómo representó él en cierta ocasión «Don Juan Tenorio» con un «elenco» de muchachos, y se regocijaba todavía como un infante, recordando que entre los espectadores estaba don Marcelino, «Marcelinín, que era por entonces una ratuca».

Su amistad con Menéndez y Pelayo y con otros preclaros personajes de su tiempo pudieron valer a don Víctor para ganar nombradía en España y más extensa veneración en Santander, pero la escasa actividad literaria de Fernández Llera, debida a su falta de estímulo por la popularidad, le hizo ser poco conocido en el mundo de las Letras, aunque no totalmente ignorado, y su valer, prodigado cada día en baladíes ocasiones, sólo se manifestaba en tertulias diversas y en discusiones casi estériles, en las que, aunque conquistase a veces la admiración y cariño de los partícipes idóneos o los de los testigos sensatos que supieran atribuir a tiranía de los nervios las acometidas vehementes de Fernández Llera, perdía el tiempo, merecedor de empleo más conveniente, sin ganar en esas charlas y controversias gloria ni provecho duraderos.

Pero más que su indiferencia por exhibir sus valiosas cualidades, fueron los alifafes de su carácter atrabiliario aparentemente indomable por la cortesía, los que nublaron, obscureciéndola casi por completo, la fama que siquiera como hijo ilustre de Santander debió reconocérsele y



D. Víctor Fernández Llera

quedar proclamada a los cuatro vientos, pues menguado ha sido el número de los santanderinos del pasado siglo y de los años corridos del presente más meritorios que don Víctor y pocos los que hayan tenido un amor más acendrado y perseverante a la vida de la ciudad y de la provincia, habiendo además Fernández Llerá estudiado y entendido la historia de Santander con visión muy cabal y espíritus crítico y artístico superiores a los de muchos que sobre materias históricas santanderinas han escrito.

He dicho que el carácter de don Víctor era en apariencia indomable por la cortesía, y aunque así es y así aparecerá paladinamente en varias de las «salidas» tuyas que relataré luego, debo dejar sentado, pues es de justicia, que en el fondo era caballero muy cortés, inaccesible a la envidia, abierto a la benevolencia, hospitalario sin doblez y sentimental sin cursilería; pero en la forma aquellos endiablados nervios que padeció, su conato de contradicción, su recia iracundia que daba un mentís a aquello de pacífico por ser gordo, le llevaban y traían muy a capricho, emancipándole, quieras o no, de la potestad de la buena crianza que en su interior existía robusta, ya que a la profundidad de su alma no llegaban con fuerza los latigazos de sus nervios, ni los desórdenes de sus externas y famosas manías, ni el influjo irrefragable de su irascibilidad.

Bondadoso a carta cabal se conmovía hasta, humedecerse los ojos, cuando hablaba de algún amigo fallecido o cuando moría algún antiguo alumno suyo.

Su afecto y admiración a don Marcelino le animaron a celebrar solemnemente en el salón de actos del Instituto, cuyo edificio actual había sido pocos meses antes inaugurado, un aniversario, el cuarto, si el año que después cito no está equivocado, del fallecimiento del perínclito historiador de los heterodoxos españoles. En la mañana de ese día, 19 de Mayo del año 1916, reunió don Víctor a los alumnos mayores—yo era entonces de los menores—y les leyó la epístola a Horario, con tal emoción ingenua y tal fervor por el maestro de la crítica española, que hubo de desistir de hacer la lectura completa, porque el llanto se lo impedía en absoluto.

La labor magistral de Fernández Llerá se desenvolvía oficialmente, por decirlo así, en sus cátedras del Instituto, pero fuera de ellas se manifestaba aún con mayor fruición y entusiasmo por parte de don Víctor.

En el verano don Víctor daba descanso, tal vez por vocación de su santanderinismo, a sus impulsos docentes. No sólo holgaba como catedrático en virtud de las vacaciones estivales, sino también como maestro voluntario.

Así que se tocaba con el sombrero de paja y sacaba del armario, uno tras otro verano, el pantalón negro de alpaca y el chaleco blanco,

don Víctor, sin perder su naturaleza de «hijo de Santander», adquiriría el relieve del perfecto veraneante. Iba casi todos los días al Sardinero, comentando las innovaciones que en nuestro barrio veraniego notaba, disertaba sobre otros veraneos anteriores, departía con algunos forasteros, preocupábase de los espectáculos públicos, a los que asistía en los atardeceres y, con menos frecuencia, por la noche. En la terraza del Gran Casino, en el foyer del Salón Pradera o en el zaguán del Teatro Pereda, así que se interrumpían las representaciones escénicas, platicaba sobre temas ligeros, sin olvidar del todo la tertulia del Ateneo o la del Café Suizo, a las que también asistía, aunque con menos asiduidad que en las otras estaciones del año.

Llegado el otoño, salía don Víctor, con atavío más severo, por las calles de la Blanca y San Francisco y por el Paseo de Pereda, en todas las cuales vías santanderinas tenía lugares de parada estratégicos para detener a los amigos que pasaban y tender el paño del púlpito, si los deseados conversadores no pretextaban con testarudez—que las leves excusas no servían para don Víctor—urgentes ocupaciones en otro sitio.

En la confitería «La Gaditana», entre bocado y bocado, también solía Fernández Llera dar rienda suelta, si hallaba a algún oyente que le fuera grato, a su afición predilecta: la charla.

Aunque, como he dicho antes, don Víctor no dejó escritas las obras que su ingenio y cultura pudieron fácilmente realizar, no se fué de esta vida sin haber marcado su huella de escritor en estimables producciones.

En *El Aviso*, periódico santanderino que salía a la venta los martes, jueves y sábados, publicó don Víctor en 4 de febrero de 1879 una nota crítica sobre «Don Gonzalo González de la Gonzalera»; hace constar que en varias ocasiones se ha ocupado «del escritor montañés tan conocido ya en España» y que «fuera, por tanto, inútil repetir aquí conceptos que sobre no elevar un punto más la fama del insigne novelista de costumbres, pudieran tomarse por elogios pegadizos para suavizar el aire de mal humor con que el crítico ha de mirar por esta vez la nueva producción del señor Pereda».

Salva don Víctor, desde luego, muchas de las bellezas de la obra; arguye, como hábil polemista, contra algunos de los personajes, hace resaltar la pasividad de *don Román Pérez de la Llosía* en forma tan clara que consigue, en efecto, restar simpatía a ese prototipo de paternal señor; irónicamente vuelve por pasiva la excelencia que Pereda magistralmente insinúa en orden al régimen tradicional, y, opinando sin ambages con relación al tradicionalismo político, concluye su pensamiento así: *he aquí una mala causa confiada a un buen defensor*. Es la crítica que un liberal de siete suelas, como lo fué don Víctor, hace del ideal político de un carlista recalcitrante como Pereda.

En *La Voz Montañesa*, correspondiente a 19 de mayo de 1880, publicó Fernández Llera un artículo bastante agrio por causa de haberse molestado don Ángel de los Ríos y Ríos por el fracaso que tuvo en un certamen una poesía suya sobre el glorioso artillero de Muriedas. El pensamiento de don Víctor con relación a la ineptitud poética del notable bibliófilo de Proaño es terminante: «que don Ángel no debe perder el tiempo en hacer versos, no ofrece para mí la menor duda». Trata don Víctor a esa obra rimada del señor de los Ríos con no menor acrimonia y con tan ingenioso desenfado, como los que empleó «Clarín» contra varios renombrados vates de su tiempo.

Intervino en marzo de 1888 en las discusiones entabladas en la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid sobre distintos temas, pronunciando doctísimos discursos relacionados con el ritmo en la poesía, la imitación de la naturaleza, la forma artística, el arte realista y el realismo en la novela y en el teatro. Estas intervenciones del esclarecido humanista montañés fueron elogiadísimas por la prensa madrileña de aquellos días y merecieron muy laudatorios juicios de Zorrilla, de Valera y de otros eminentes literatos. Publicó nuestro sabio latinista

algunas traducciones de Cicerón en la Biblioteca Clásica, que fueron del agrado de los eruditos y, sobre todo, de Menéndez y Pelayo.

En 1890 se publicaron, también por la Biblioteca Clásica, las seis comedias de P. Terencio Africano, refundidas por Fernández Llera, siguiendo la traducción de Pedro Simón Abril, avalorando la edición, además, un prólogo del mismo refundidor.

En 15 de noviembre de 1894 redactó don Víctor un programa para la asignatura de Nociones de Derecho usual, de la que estuvo encargado en el Instituto provincial de Murcia. En el tal programa queda paladinamente patentizado el poder de asimilación de su redactor, pues sin ser, de seguro, perito en el Derecho, supo entenderlo cumplidamente en sus líneas generales, con comprensión excepcional en



Fernández Llera, niño, acompañado de su señor padre

quien, como don Víctor, no había hecho su profesión de la jurisprudencia.

En el homenaje dedicado a Menéndez y Pelayo en el vigésimo año de su profesorado—1899—se publicó, reuniéndose en un folleto, una etimología, la de las voces «fatilado, fetillado», contenida en un erudito trabajo inédito de Fernández Llera sobre «Gramática y vocabulario de Berceo».

El Círculo de Bellas Artes e Instrucción popular de Murcia eligió, por aclamación, en 1905, presidente a don Víctor, llevándose a cabo, bajo la dirección de nuestro sabio paisano, una efecacísimá labor instructiva, organizando numerosos actos culturales y principalmente un curso de enseñanzas diversas, en el que participó activamente Fernández Llera, explicando las materias de Teoría e Historia de las Artes, Prosodia y Arte métrica de la Lengua Castellana, aplicables a la declamación dramática, y Estética e Historia del teatro antiguo y moderno, nacional y extranjero. Dió en ese año en el Círculo que presidía una amenísima conferencia de divulgación sobre «Un viaje de Ginebra al Mont Blanc», la cual hubo de repetir, a ruegos de varios profesores, en la Sociedad Económica de Amigos del País de Cartagena.

La actividad de Fernández Llera al frente del Círculo de Bellas Artes murciano se desplegó en todos los aspectos de la vida de esta sociedad, celebrándose, por su iniciativa, reuniones animadas y lucidos bailes de trajes.

Fué también presidente de la Liga Antiduelista de Murcia, en la que figuraban ilustres personajes locales.

Para conmemorar los inolvidables acontecimientos heroicos a que dió pábulo la falaz y execrable invasión napoleónica, se celebraron en Santander en el 2 de mayo de 1908 algunos actos de gran solemnidad y entre ellos, con la mayor vistosidad que la vida provinciana permitía, una velada en el Teatro Principal, la cual tenía como número de fuerza la representación de «El sí de las niñas» con el siguiente reparto: «don Diego», Enrique Menéndez y Pelayo; «don Carlos», Morazo; «doña Francisca», María González Labarga; «doña Irene», Carmen Martínez y Ruiz de la Escalera; «Rita», Rosario González Labarga; «Simón», Ramón de Solano y Polanco; «Calamocha», Manuel Vierna. Antes de levantarse el telón, don Enrique, caracterizado ya de «don Diego», dijo un conciso y precioso prólogo escrito para esta ocasión por don Víctor, pieza literaria magnífica por la que fué ovacionado su autor y que en otro lugar de este número se reproduce.

Al quedar vacante la Dirección del Instituto de Santander, por el fallecimiento del doctor don José Escalante, fué nombrado para desempeñarla Fernández Llera. El nombramiento fué acogido muy satisfac-

toriamente en Santander, haciéndolo constar así en acta el Ayuntamiento y realizándose varios homenajes al nuevo Director. En 22 de febrero de 1911 fué agasajado, por esta su designación, con un banquete, al que asistieron amigos y compañeros del festejado, enviando un cariñoso telegrama de adhesión don Marcelino; don Víctor leyó un breve y sentidísimo discurso en el que expuso los propósitos que le animaban en el nuevo cargo.

El Cantábrico publicó a raíz de la muerte de Menéndez y Pelayo—19 de mayo de 1912—una cuartilla de Fernández Llera sobre su genial amigo.

En el acto de clausura de la Exposición de obras de Casimiro Sáinz en el Ateneo de Santander el día 6 de diciembre de 1914, dió lectura don Víctor a un discurso en que se manifiestan sus excepcionales aptitudes de escritor sobrio y correcto y de crítico sagaz y docto.

Para uso de los alumnos de Castellano y Latín tenía publicado el profesor santanderino un «Análisis gramatical», cuyo objeto, como dice en la «Advertencia» que le precede, fué reunir la materia de análisis y prácticas indispensables en los idiomas castellano y latino y recoger algunos textos que facilitasen el manejo de los autores clásicos latinos. Libro éste de cuya utilidad podemos dar fé los que, dirigidos por su de autor, hubimos de usarlo.

En el año de 1915—Cejador afirma equivocadamente que fué en 1918—publicó Fernández Llera otro libro, cuya portada reza de este peregrino modo: «Incongruencias y desplantes o cosas que lo parecen, aunque bien pudieran no serlo, escribiólas en un rincón de la Montaña Juan de Hoznayo para regocijo y solaz... de su familia. El año venturoso la guerra europea».

Antes de ponerse a la venta «Incongruencias y desplantes», leyó su autor en el Ateneo de Santander, domiciliado en el local del antiguo Teatro Variedades, los varios artículos que en el libro recopila.

Escrito, como todo lo que trazó la pluma de Fernández Llera, en estilo castizo, sin arcaísmos de mal gusto, sin afectación alguna y sin las estrecheces con que los hablistas anticuados con exceso y con exceso tozudos en su aversión a la evolución del lenguaje tratan de fosilizar el idioma, es «Incongruencias y desplantes» un modelo de bien escribir por lo que afecta a lo más externo, a la palabra.

Como obra con pretensiones de humorística, hay que confesar, siguiendo la norma de sinceridad en la crítica de que dió tan notorios ejemplos el propio don Víctor, que está fuera de época, que el humorismo demasiado inocente de «Incongruencias y desplantes», estaba pasado de moda en la fecha en que se publicó. Mas si en el presente siglo, en el que el humorismo ha tenido muchos egregios cultivadores, parece

«Incongruencias y desplantes», como obra pretendiente de humorística, pueril y trasnochada, no está falta de algún humorismo elogiabile en algunos lugares del libro.

Para mí, lo mejor que tiene «Incongruencias y desplantes» es, sin duda, lo elegante y sobrio del lenguaje y lo que refleja de aquel gran corazón que le dictó: el sentimentalismo varonil, y más que varonil a secas, paternal, que siempre se hallaba en lo íntimo de «Juan de Hoznayo» y que se exterioriza de un modo pristino en varios pasajes de la obra y muy a las claras en «Mi sapo», que por el montañesismo que retrata el lugar de la escena y por la delicadeza con que se refiere al personaje es de lo más grato y, según juzgo, de lo más encomiable.

En el Instituto de Santander, al que quiso bautizar, sin éxito, Fernández Llera como «Instituto Cántabro», apellidándole «Templo de tolerancia y escuela de cortesía», pronunció en 1916 dos conferencias—dos, si no recuerdo mal ahora—sobre el origen del nombre de nuestra ciudad, defendiendo con luminosa argumentación que procedía la palabra Santander de San Emeterio. En el mismo centro docente y en la celebración de una velada necrológica sobre Menéndez y Pelayo, a la que me he referido anteriormente, disertó don Víctor, con su inseparable maestría, sobre Menéndez y Pelayo escolar y comentó los primeros versos de la Epístola a Horacio.

En marzo de 1920 publicó Fernández Llera en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de la que era Correspondiente—también lo fué de la de Bellas Artes de San Fernando—, un enjundioso trabajo sobre «El Fuero de la villa de San Emeterio (Santander)», del cual trabajo hay un folleto impreso en Madrid el 23 de marzo de 1920. Ensalza don Víctor a don Amós de Escalante por haber publicado el Fuero en uno de los apéndices de «Costas y Montañas» y, sobre todo, por no haber reproducido el texto de nuestro Fuero copiado por don Juan Antonio Llorente en sus «Noticias históricas de las Provincias Vascongadas», texto al que califica de «engendro de molestos desatinos». Llorente había tomado esa copia de la «Colección diplomática» de Jovellanos.

Escalante se había servido para la publicación del Fuero de la Escritura número 1 del libro «Privilegios y donaciones» que a la sazón existía en el archivo de nuestra S. I. Catedral, y que don Víctor no pudo dar ya con ella por ignorarse su paradero.

Se valió Fernández Llera, con mejor fortuna, «de un viejo pergamino existente en el mencionado archivo de la Catedral con la signatura R. núm. 69, escrito en excelente letra gótica de la época, o no muy posterior».

Con sus habituales perspicacia y sindéresis examina don Víctor

varias cuestiones relativas a cómo Escalante no tuvo noticia del indicado pergamino, a la autenticidad de éste como fiel trasunto del original, a la superioridad que tiene sobre los documentos utilizados por Jovellanos y por Escalante, a la comparación de éstos y aquél con el Fuero de Sahagún y, más directamente, con el Fuero de Santillana. Otros problemas plantea don Víctor, resolviéndolos, a mi juicio, con atinadísimas consideraciones críticas.

Acaso algún día escriba yo en torno a algunas sugerencias de orden jurídico del Fuero de la vieja villa de San Emeterio. En el presente baste que deje devotamente consignada la alabanza debida a don Víctor por este su benemérito estudio en el que «por la exposición preliminar y las numerosas notas acredita una vez más su sólida erudición y su reconocida competencia» (1).

En 1921, a ruego de la Comisión municipal de la Biblioteca, informó don Víctor sobre una propuesta para modificar el Blasón de Santander, presentando un razonado escrito, muy interesante para el estudio del tema que se sometió a su examen, respecto del cual tema se oyó también a don Fermín de Sojo y Lomba, a don Marcial Solana y González-Camino, a don Pedro Santiago Camporredondo, a don Mateo Escagedo y Salmón y a don Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz; publicándose todos estos informes.

Comenzó a escribir en los postreros años de su vida «Las memorias y confesiones de Juan de Hoznayo», las cuales, de haberlas terminado, hubieran sido muy beneficiosas para el tesoro literario montañés. Dió lectura del principio de las mismas en el Ateneo de Santander, instalado ya, según creo, en el domicilio que hoy tiene en la calle de San José, al que pasó desde el provisional de la calle de Lepanto.

En 1929 se ha publicado por la Academia Española un extenso libro sobre «Gramática y vocabulario del Fuero Juzgo», obra original de don Víctor, premiada en el Concurso público de 1900. Trabajo es éste de extraordinario mérito en el que se exhiben juntamente la magnífica preparación humanística, la laboriosidad y el excelente criterio del autor. ¡Lástima grande que se haya retardado tanto la publicación de tan completa obra, que hubiera sido de mayor utilidad, aunque mucha tenga siempre, en los días en que fué con justicia premiada!

La pericia de Fernández Llera en el idioma castellano unida a su cultura general y a su natural facecia, manifestada ésta, más que en el chiste buscado y rebuscado, en la rapidez del comentario agudo o de la respuesta agresiva y donosa, daban a los trabajos literarios que publicó

(1) Así dicese en una breve Nota del Editor en la última publicación de «Costas y Montañas».

una amenidad atrayente, sobre todo, cuando sujetaba convenientemente la tendencia a lo brusco.

Fué don Víctor Fernández Llera en la vida santanderina un personaje destacado por varios títulos de preeminencia y valía. «Hijo de Santander», aunque nació en Hoznayo, lugar en el que estaba arraigada alguna rama de su familia, tenía don Víctor la propensión al individualismo y a la sinceridad que tan ostensibles se observan en los montañeses urbanos, tan distintos en esto de la reputación que a los rústicos se ha atribuido; exigir a Fernán-

dez Llera rebozo y disimulo, hubiera sido pedir cotufas en el golfo; lo que sentía caíale inmediatamente en la boca y pasaba a los oídos ajenos, sin pesar ni medir la conveniencia o perjuicio que por ello pudiera seguirse en la opinión de los otros.

Cariñoso con todos y con todos desabrido, si el humor era malo locuaz sin tasa, riente o gruñón, servicial en todo momento, derrochador de ingenio, discutidor hábil, aunque fogoso hasta dejarlo de sobra, caritativo en lo espiritual y en lo corporal, pasó don Víctor por Santander dejando con el recuerdo de sus notables méritos una estela de «salidas», que, aunque sabrosas, no podrán ser gustadas por los que no le alcanzaron, pues el vaivén del moderno vivir obliga a ocuparse en más importantes menesteres que el de guardar las tradiciones referentes a las cosas y a las personas que en alguna época gozaron de nombradía en el pueblo nativo. Para que algo de don Víctor quede en estas páginas a disposición del lector de tiempos futuros, referiré en ellas algunas de sus



El señor Fernández Llera al obtener la licenciatura

«cosas», de aquellas que no ha muchos años hacían temblar a los hombres pacatos que por cualquier circunstancia veíanse forzados a tener alguna relación con el ilustre Director del Instituto.

* * *

Una mañana de otoño, cuando Santander vuelve a su vida provinciana, mixtificada en el estío con presencias exóticas y regodeos de balneario y ciudad de verano, una mañana de otoño cuando las calles de San Francisco y de la Blanca vuelven a ser nuestras plenamente, cuando antaño salía ya de paseo como César por país conquistado o como Perico por su casa aquel santanderinísimo señor don Sinforoso Quintanilla, que expresó muy a las claras su antipatía al forastero veraneante al contestar a un su amigo que le preguntaba por qué no se le había visto durante el verano, diciendo: salgo hoy porque sé que sólo queda un cura en el Hotel Colina; una mañana de otoño, digo, salí yo de casa y me encontré frente a ella, en el Muelle, a don Víctor, portador de una enorme bufanda de la que no se desprendía hasta que la primavera incita al retiro o a la vacación de las prendas invernales.

Como no había hablado con él desde que había sido jubilado de sus cátedras, le pregunté si le había disgustado la jubilación (1) y me respondió que dejar a sus alumnos y verse privado de sus clases, le entristecía mucho, que ni siquiera quería pasar por el Instituto para no añorar los días próximos y lejanos en que había explicado con tanto cariño el Castellano y el Latín; pero que la jubilación le había liberado de una carga, de la Dirección del mismo Instituto, la que le había proporcionado muchas desazones y molestias.

—Imagínate—me dijo—que un subalterno llegó a producirme tales preocupación y neurastenia, que soñaba con él.

Y mezclando, de seguro, un incidente de realidad objetiva con lo que su fantasía creaba en aquel momento, me refirió un altercado que con el tal subalterno tuvo, y que por retratar bien el carácter de don Víctor, ahora contaré al lector, poniéndole en la boca por la que le supe:

—Bajaba yo del Instituto para el Ateneo y observé que faltaba el portero de su lugar, supuse que, según fea costumbre que tenía, habría ido a la tasca, y para sorprenderle in fraganti, me escondí detrás de una columna del portal; pude comprobar que el portero salía de la taberna y así que entró donde yo estaba oculto, me hice ver y le reprendí por su viciosa afición a la bebida y por el abandono del servicio que tenía a su

(1) Por el Ministerio de Instrucción pública fué nombrado, al cesar en la Dirección del Instituto, Director honorario del mismo.

cargo. Hecha la reprimenda, me encaminé por la calle de San José; se me ocurrió volver la mirada al Instituto y ví que el portero se paseaba nervioso, haciendo con el brazo derecho un ademán que interpreté claramente en el sentido de que irritado por mi reprensión pensaba que debía darme una puñalada en el vientre. Volví incontinenti al Instituto, tuteé al malhumorado subalterno para que entendiese que la cosa iba de hombre a hombre, le puse mis manos en sus codos, le levanté a pulso, que a esto y a más me dan derecho mis cien kilos, le dejé caer de culo (porque así se dice), y ya él tendido en el suelo le amonesté: en este lamentable estado medita brevemente lo que es una sencilla demostración de fuerza.

* * *

Hallándose don Víctor en un círculo de recreo de Murcia, en cuyo Instituto era entonces, si no se me trabuca la memoria, titular de las cátedras de Geografías e Historias, vió salir de una sala contigua a la en que estaba a un importante empleado público, perteneciente a uno de los Cuerpos de letrados que tienen más augusta función; el cual funcionario aparecía sofocado e inquieto, como quien ha tenido una disputa violenta sin llegar a un acuerdo con el adversario.

Fernández Llera, que no desaprovechaba ninguna coyuntura propicia para iniciar un palique—que, por lo general, era un monólogo a su cargo—y que no perdía detalle de cuanto estuviese a su vista, advirtió la salida y el enfado del funcionario, diciéndole «pero, ¿qué le ha pasado a usted?», respondiéndole aquél, «hemos estado discutiendo ahí dentro sobre la diferencia que existe entre las oraciones de activa y de pasiva, sin llegar a entendernos, no obstante haber aclarado yo notablemente la cuestión con un ejemplo». Y ¿qué ejemplo ha puesto usted?, dijo Fernández Llera. Pues uno muy sencillo, contestó el funcionario: voy a la estación, oración de activa; vuelvo de la estación, oración de pasiva.

Don Víctor que ni frenaba sus prontos, ni hubiera callado, aunque con el silencio pudiera ganar ventaja, como pensó obtenerla don Sancho II de Castilla, preguntó de nuevo: y ¿no le han matado a usted todavía?

* * *

Un simpático sacerdote mallorquín que había venido a Santander para ocupar en el coro de nuestra catedral la silla de canónigo para la que había sido nombrado, fué profesor particular de Latín de una buena parte de los que lo estudiábamos por los años de 1915 y siguientes.

Era por aquel tiempo el afable canónigo amigo íntimo de Fernández Llera y asíduo acompañante de éste, por lo que estaba muy al tanto de las predilecciones del catedrático y del modo de manejar convenientemente ante él la aguja de marear.

Don Víctor, muy dado a discutir todo lo que Dios ha entregado a disputas de los hombres, halló en los problemas que se planteaban con motivo de la guerra europea una mina inagotable para su facundia, haciendo calicatas en todos los terrenos de su extensa cultura para descubrir materiales con que apedrear a los que con él osaban hablar de la gran guerra con criterio no idéntico al suyo.

Francófilo imponente, trataba de defender todo lo que en la monstruosa contienda realizaban los gobiernos y ejércitos aliados, a favor de los cuales luchó con bizarría y denuedo cántabros en todos los campos donde hallaba un germanófilo, aunque éste fuese mudo, riñendo batallas todos los atardeceres en la tertulia que frecuentaba en el Café Suizo.

Dado el entusiasmo que por uno de los bandos beligerantes ostentaba Fernández Llera, el buen clérigo aconsejó a uno de los discípulos que preparaba, que si don Víctor le decía que presentase un ejemplo de oración primera de activa dijese éste: los aliados ganarán la guerra.

Don Víctor que, por el imperio que sobre él ejercía la imaginación, modificaba, a las veces, sus opiniones en lapso más breve que el que necesitó nuestro Lope de Vega para que pasaran de las musas al teatro algunas de sus producciones, dejó que el fetiche de su aliadofilia cayera hecho añicos, por un poderoso acicate que le hizo correr, y más que correr volar, hacia el templo en que el incensario se movía sin descanso en consagración de la Alemania combatiente.

Iba de charla don Víctor muchos días de la semana a la Librería de Castrillo, situada frente a la iglesia vieja de la Compañía, y ocurrió que en una de sus estancias en ese establecimiento, le mostró el librero un texto de un autor alemán en el que venía citado un trabajo de nuestro catedrático; fué tanto el júbilo que causó a Fernández Llera la lección de su nombre en la página del texto alemán, que, como quien piensa en voz alta y habla solo, exclamó: ¡estos alemanes saben hacer las cosas!

Algunos días después preguntó en la clase de Castellano al estudiante aleccionado por el canónigo, y, creyendo el muchacho que iba a poner una pica en Flandes, cuando don Víctor le ordenó: «a ver, hombre, pon un ejemplo de oración primera de activa», dijo aquél, saboreando lo que conjeturaba iba a ser un buen éxito inminente: «los aliados ganarán la guerra», a lo que respondió el profesor, dejando de una pieza al chiquillo, con esta incontestable interrogación: y a tí, ¿quien te mete a profeta, majadero?

* * *

Entre los admiradores conscientes de Menéndez y Pelayo pocos ha habido, seguramente, más cordialmente afectos a don Marcelino que el ariscamente magnánimo director del Instituto.

Era Fernández Llera por docto, por santanderino y por contemporáneo del inmortal polígrafo un constante apologista de la prestancia intelectual del genial montañés, curando celosamente en todo instante de que el gigantesco prestigio de Menéndez y Pelayo fuese dignamente difundido y ensalzadas siempre, en la justa y descomunal medida que merece el campeón de la cultura hispana, las cualidades varias y excepcionales con que el Señor enriqueció a don Marcelino y que éste empleó, en la mejor parte, en glorificar a la ciencia española.

En alabanza de don Marcelino disertaba don Víctor cierta tarde con un clérigo prebendado en el Cabildo catedral de Santander y con un culto catedrático de este Instituto; cuando ya había finalizado su loor al excelso paisano y amigo, dejó caer, a modo de conclusión normativa de la conducta, una frase, que, teniendo mucho de exacta, tenía aún más de jactanciosa, la cual debió producir en los dos oyentes el mismo efecto que un rayo que casi les rozara, pues don Víctor la pronunció poniendo toda su alma y de esta concisa forma: «ante Menéndez y Pelayo, yo me descubro, ustedes tienen que arrancarse el cuero cabelludo.»

* * *

Cierta tarde que don Víctor había tomado un coche para hacer en él un largo paseo, fué insultado sin razón alguna, lo que aumentaba la malicia de la ofensa, por el atolondrado cochero que le había servido. Al descender don Víctor del coche preguntó al conductor qué le debía, y contestada por éste la cantidad adeudada, se la entregó el viajero, disponiéndose a dar al cochero una propina. Pero éste, creyendo que don Víctor se la había suprimido, precipitóse a herir al oído de Fernández Llera con este impertinente vocativo: «méndigo». A lo que respondió al punto don Víctor: «ni méndigo», que es mendigo, ni propina!

* * *

A través de las precedentes narraciones puede formar el lector que desconozca a don Víctor una composición de lugar bastante exacta de varios de los matices de la persona del inteligentísimo profesor santanderino.

La protitud en responder con gracia, el brío para ponerse a tono con

las agresiones, aunque éstas fuesen imaginadas por él, el afán, justificado en conversador tan comunicativo, de buscar oyentes, aunque hubieran de escucharle, a las veces, ingratas admoniciones, facetas son del carácter de Fernández Llera que permiten entrever algunas de las cualidades de su ser.

Otras muchas anécdotas de don Víctor seríame fácil traer a colación, pero lo escabroso de unas, lo indiscreto que se me juzgaría refiriendo otras, la intimidad en que muchas de ellas tuvieron existencia y el temor de que aquéllas y éstas sean torticeramente interpretadas por los que ignoren cómo debían ser tomadas por venir de un varón tan extrañamente original, como lo fué don Víctor, me deciden a dejarlas dormir el sueño de lo inédito, por lo que me incumbe.

La longanimidad de Fernández Llera, de la que he hecho alguna indicación en el curso de este trabajo y que era la resultante natural del prócer espíritu y del en todo momento caldeado corazón de mi sabio maestro de Latín, debe ser subrayada aquí con firme pulso. Para muchos era don Víctor un camorrista hirsuto y un dómíne destemplado incapaz de vibrar compasivo ante el infortunio del prójimo, de ser indulgente ante la torpeza de los otros y de sentir el imperativo de la benevolencia, impuesto—aunque muchas veces desobedecido—por la solidaridad que liga, quiéranlo o no lo quieran, a los hombres por razón de su igualdad de origen y de fin; lejos de ser frío el ánimo de Fernández Llera y de estar domeñado siempre por la dureza, fué extremadamente afectuoso, solícito en el servicio ajeno, espléndido en repartir sus riquezas espirituales, disculpador de los yerros de los demás, siempre que el señorío de sus nervios no se trocase en despótica hegemonía sobre su ánimo muy atraído por la pasión de la ira.

Si con los semejantes fué don Víctor, aunque a muchos les cueste creerlo, un alma de niño con cultivo de sabio, arranque de filósofo y nitidez de poeta, con los brutos y aun con las cosas fué sin regateos dadivoso de cariño.

A un bicho de asqueroso aspecto y grotesca traza, a un sapo barrigudo que arrastraba la oronda panza por el huerto que en lo alto de Maliaño tenía «Juan de Hoznayo», dedicó don Víctor tan lisonjeras frases, que bien puede ser aseverado que con el elogio de Fernández Llera el sapo se ha embellecido. Me acuerdo a este propósito de una ingeniosa recomendación hecha a don Víctor por un culto canónigo, hoy lectoral de nuestra S. I. Catedral y siempre orador elocuentísimo, don Pedro Santiago Camporredondo, y escrita de esta guisa: Usted que supo hacer de un sapo un animal tan bonito ¿no podrá hacer de este chico un aprobado?

No fué «su sapo» el único irracional que ganó por entero la ternura

del refundidor de Terencio. También dos gatas murcianas, al volver a su recuerdo, le enternecían sin simulación. A las tales gatas se refiere don Enrique Menéndez y Pelayo en su cuento «Las dos madres» de la colección «Cuentos y trazos». Por cierto que en el principio del gatuno cuento alude don Enrique a don Víctor, diciendo: Aunque me la haya contado un poeta, téngola por historia y no por cuento, que es hombre tan veraz el narrador que ha de tenerse por cierto y realmente sucedido cuanto él diga, como si tal poeta no fuera.

Don Víctor que recibió fuera de su tierra muestras de honorífica pleitesía, mereciendo de los extraños ditirambos que a otros menos firmes que él habrían desvanecido, ha sido con ingratitud tratado en esta su patria chica amadísima. Puede decirse hoy, como en el año 1903 escribió la cortesana pluma de nuestro «Pedro Sánchez», que los méritos de Fernández Llera no han sido aquí debidamente apreciados y nada se ha hecho, por quienes estaban obligados a ello, por perpetuar decorosamente en la ciudad el recuerdo ejemplar del sabio catedrático de quien un poeta—creo que fué Salvador Rueda—dijo que en su «cerebro hay más talento, que en una Universidad».

El Ateneo de Santander, cuya cátedra fué repetidas veces ilustrada por don Víctor, el Instituto de Santander, el Colegio de Doctores y Licenciados en Letras o en Ciencias, los académicos correspondientes de la Historia y de Bellas Artes, el Ayuntamiento de Santander, más que ninguna otra Corporación, podían tomar la iniciativa para rendir a Fernández Llera el homenaje de admiración y hasta de desagravio que merece. Si nadie lo hiciere, peor para los negligentes, que más triste es la situación del que, por el motivo que fuere, deniega justicia, que la del que pidiéndola con fundamento no la alcanza.

En otro número de LA REVISTA DE SANTANDER escribiré sobre algunos manuscritos valiosísimos de Fernández Llera, para lo que cuento con la amable acogida de la distinguida y culta señora doña María Josefa Fernández Llera de Poblador, hija del escritor inolvidable. A la benevolencia de la misma atenta dama, débese la facilitación de las fotografías de don Víctor y de los intérpretes de «El sí de las niñas» que se publican en este número.

No me he propuesto, pues no soy olvidadizo de mi torpeza, agotar el tema al escribir estas insustanciales cuartillas sobre tan substancioso personaje, quise solamente contribuir, con tributo mezquino—por ser mío—pero sentido y afectuoso a sugerir, en quien mejor que yo pueda llevarlo a la práctica, el conato de ofrendar a la memoria de Fernández Llera el homenaje de que se hizo acreedor.

Muchos trabajos de don Víctor habrán dejado de ser reseñados en estas líneas, pero esparcidos por diarios y revistas se hacía imposible

su búsqueda por mí, requerido por vocación muy distinta en el presente.

Quede aquí finalizado mi propósito, del cual la más valiosa conclusión será, desde luego, el pedimento de una oración al lector por el alma de don Víctor Fernández Llera, que fué catedrático conspícuo, escritor de mucha cuenta y razón, conversador de gracejo, montañés aman-tísimo de su tierra y santanderino, consubstancialmente santanderino, que tuvo, elevadas de nivel, las virtudes raciales y encarnados, con peculiar asimilación, los defectos que, a poco que se ahonde, salen a flor de piel en todo «hijo de Santander», especie que el uniformismo humanal de nuestros días conseguirá extirpar del todo, si Dios no lo remedia.

JOSÉ MARÍA G. RODRÍGUEZ-ALCALDE

PRÓLOGO DE D. VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA A LA REPRESENTACIÓN
DE «EL SÍ DE LAS NIÑAS» CELEBRADA EN SANTANDER
EL 2 DE MAYO DE 1908

Acostumbró el viejo Terencio a prologar, como bien sabes, público señor y amigo, sus comedias. No quiso nuestro Moratín seguir las huellas de su gran maestro en la comedia urbana: a fé que hartas ra-



Una escena de «El sí de las niñas»

zones tendría para ello, según era el hombre de discreto y talentudo. Asístennos a nosotros, sin embargo, para atajar, bien que por breve instante, yo lo juro, la natural curiosidad que a ver te trae lo que aquí pase esta noche. Escucha, pues.

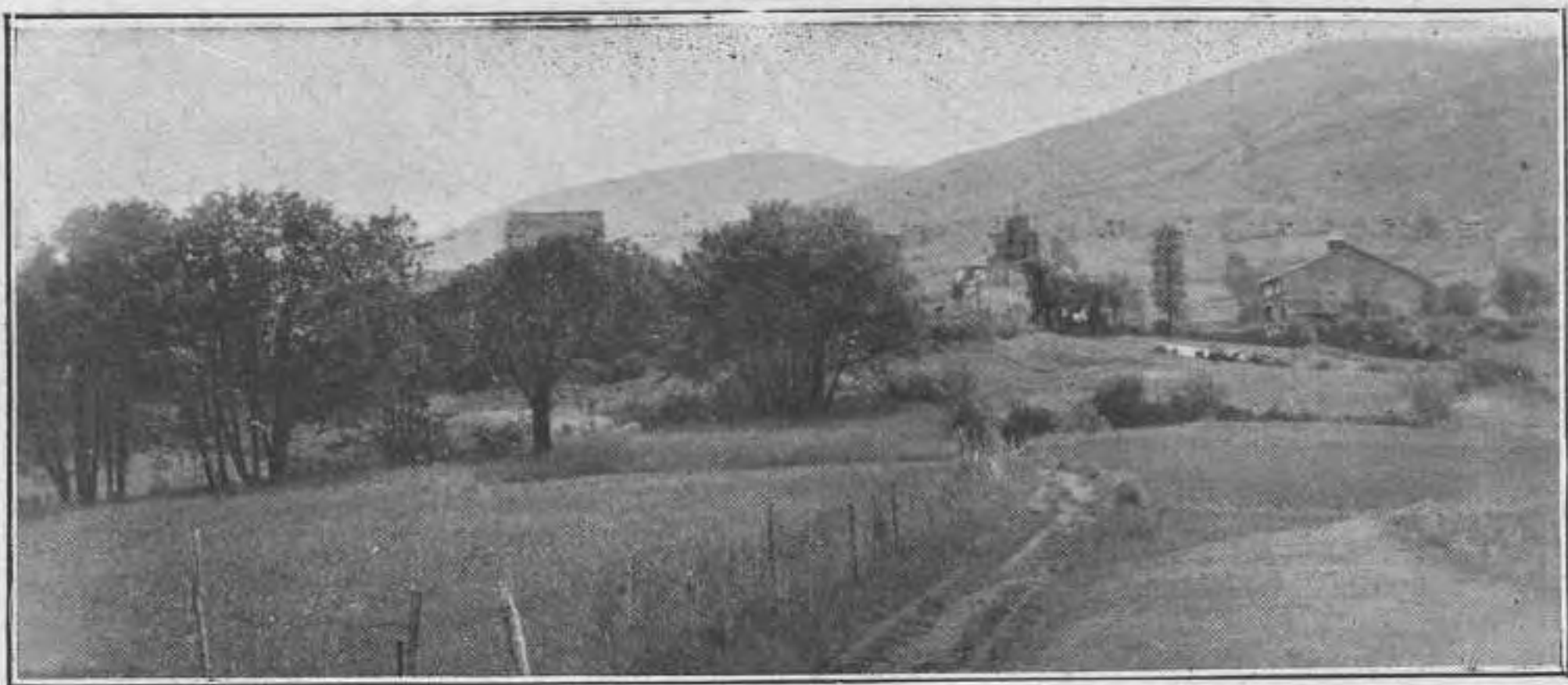
La comedia que vamos a *ejucutar* en el peor sentido del vocablo, si Dios no lo remedia, fué otros días solaz de gentes cultas,



Personajes de «El sí de las niñas» en la representación efectuada en Santander el 2 de mayo de 1908

cuyos gustos quizá pasaron, como tantas cosas buenas, arrastrados por el torbellino de la vida, para nunca más volver. No suena en ella el estampido del cañón, ni alza su grito bravo el patriotismo, ni estalla la pasión en el ardimiento de la lucha.

Antes bien, tiernos afectos, pasiones de ordenado ritmo y hasta humanas debilidades y flaquezas que ganan benévolo perdón y discreta simpatía, son los móviles de unos caracteres, cuya psicología revélase en acción serena y transparente como en los incomparables cuadros terrenecianos que fueron su modelo. ¿Por qué, pues, vuelve a la escena en hora más aparejada a la explosión de desbordado patriotismo? Es cuadro de la época; mano maestra le trató tomando líneas y colores de la entraña misma de la sociedad en que vivía. Del fondo de esa sociedad van a brotar, por singular contraste, las hazañas, cuyos heroicos comienzos hoy conmemoramos. Cuanto a la *Compañía*, huelga decir que se compone de *ellas y ellos*. *Ellos*, es decir, nosotros, bien habremos menester de esa benevolencia que prodigas, público amigo y señor, en semejantes coyunturas. *Ellas... ellas... ya, ya verás!*



TRÍPTICOS DE LA MONTAÑA

TURISMO LÍRICO

Define al turista la Academia Española diciendo que es «persona que recorre un país por distracción y recreo» y el turismo como «afición a viajar por gusto de recorrer un país». No creo, en consecuencia, que quien pasea por placer contemplativo la comarca en que nació, no pueda, según la voz que sale del hogar y archivo de nuestro puro idioma, recibir aquel nombre.

Trae esto por resultado que hayamos de distinguir forzosamente la existencia de dos clases de turistas: indígenas y forasteros; y de dos modos de disfrutar el turismo, según se pertenezca a uno u otro grupo.

El turista forastero, vea un país por primera, segunda o décima vez, le enfocará con tendencia objetivista, atendiendo más a la realidad externa del paisaje. El turista indígena, en cambio, si es amante de su tierra y sobre todo si siente hacia las cosas que rodearon la curva ascendente de su vida esa inclinación de ánimo sentimental más frecuente de

lo que, aún en cuanto a sí mismos pueda referirse, consideran muchos «hombres fuertes», verá el paisaje de una manera inclinadamente subjetiva. De aquí dos consecuencias: Que frecuentemente el paisaje propio no se siente y se admira en su justo valor sino en forma de nostalgia o al regreso de otras admiraciones despilfarradas en escenarios menos dignos. Y que el indígena, debido a causas relacionadas con el desarrollo cotidiano de su existencia dentro de un modo de paisaje, puede admirar en ocasiones y rendir culto a detalles del mismo que por el turista forastero no serían alcanzados o los rechazaría por superfluos desde el punto de vista estético.

Y he aquí, como al margen de los dos modos generales de ser turista, la estampa del protagonista de un nuevo turismo. De un poeta que, siglo atrás, tuvo aprendidos de memoria los caminos de la montaña. El supo, andarín infatigable de todas las rutas: de carreteras blancas y de estrechos senderos de las mieses, de camberas pedregosas y de cruces a campo través, rendirse al paisaje en consciente comunión con todas las devociones que aquél solicita para dar en correspondencia sus más íntimas purezas.

Recorrió «costas y montañas», cumbres y valles; tomó el sol de todos los oteros, la sombra de todas las hoces, el frescor de todos los arroyos y apagaron la sed de sus paseos todas las fuentes aldeanas. Y descansaba de su expediciones en la paz de los archivos, de las bibliotecas y al aroma de añejas historias.

Así disfrutó el preclaro Amós de Escalante de un tercer género de turismo que, con no estarle a nadie vedado, sugiere, por su infrecuencia, cierto prejuicio de excepción. Es el turismo lírico: ese turismo impregnado de hondo y poético sentir, que toma su sabor de aristas nuevas e impalpables de las cosas; de efluvios del paisaje que no penetran físicamente por nuestros sentidos; turismo que no es sólo de artista—pintor o poeta—sino de enamorado.

Pues nadie disfruta del paisaje como el enamorado del paisaje, de igual modo que nadie disfruta de un ser como quien de él se encuentra realmente enamorado.

Pero—se objetará—¿cómo hablar de amor al paisaje cuando apenas existe siquiera ese amor egoísta hacia el campo que debieran tener las gentes de equilibrado espíritu por cuanto la pureza de aquél influye en nuestro físico bienestar?

En efecto, parece que esto último sería más fácil de generalizar, más al alcance humano que tener hondamente despierto aquel sentido lírico. Parece que esto último podría ser, en todo caso, el camino de aquéllo.

Sin embargo, ¿porqué no propugnar también la tesis contraria?

Se me dirá: El turista forastero, aunque sienta gusto por el paisaje

que visita, no podrá «enamorarse» de él hasta el punto de convertir su viaje—sometido, por lo general, a un plan de fechas e itinerarios—en un concierto de lirismos. Ni puede cobrarle inclinación sentimental a muchas perspectivas y detalles que sólo momentáneamente percibe. Habrá de mirarlos desde un punto de vista frío, idéntico a aquel con que pasa sobre los apasionamientos y ternuras humanas un juez imparcial. De aquí que, en ocasiones, en absoluto divorcio con el ambiente que cruza, se decepcione de las bellezas que le brinda un turista indígena o de la rutina apasionada de una guía local. Y es que para ser verdadero enamorado del paisaje hay que rendir culto a una devoción especial que no se demuestra por el hecho de llamarse turista y acreditarlo con dinero—ese aparentador de realidades inalcanzables.

Se me dirá también: Del mismo modo, suele hacer inepto para esa inclinación lírica un frecuente menosprecio de la atención hacia lo que tenemos cerca, hacia lo que se vive y disfruta cotidianamente. Y difícilmente podrá ostentar el título de enamorado del paisaje quien para admirar el suyo propio, el vernáculo ambiente, haya precisado antes contrastarle con otros que defraudaran sus aspiraciones.

Y contesto, por única respuesta:

Nada de esto quiere decir, sin embargo, que la sugestión lírica del paisaje esté solamente al alcance de un corto número de elegidos. No sólo se posee este sentido lírico por el hecho de nacer con él; con tacto educativo se proporciona; con buena voluntad se adquiere y educando la sensibilidad puede fomentarle cada cual. Es inclinación que a nadie está vedada y si todos la cultivaran desaparecerían también muchas crueldades de que el paisaje es víctima. Y ante esta evidencia ¿porqué no llevar a las gentes hacia ese culto despertando su lírica sensibilidad—dormida, pero existente, a no dudarlo, en quien no la exterioriza—y brindándoles para alimentarla el alma lírica del paisaje?

¿Cuánto no podría contribuir esta tendencia de los temperamentos a endulzar y poner claridad en las horas ociosas de la vida? Hay una mayoría de gentes sin preparación espiritual para quienes las orientaciones intelectuales son rumbos oscuros y yermos y, esto así, no les queda otro remedio que rendir obediencia a las leyes anodinas de la imitación. Con frecuencia no hay solución de continuidad en esa mecánica cerebral y cotidiana con que muchos cumplen sus obligaciones; una vez terminadas éstas, el mismo impulso mecánico, exento por lo general de matices espirituales, les arrastra...

Consumen sus horas vacantes y los días de ociosidad y descanso que pudieran ser tónicos para su físico, en la bruma sin horizontes de ningún género de cualquier recreo ciudadano. En el campo mismo se reproducen ya con frecuencia estas costumbres y se sacrifica el aire libre,

los caminos soleados en invierno o las frondas en verano a la monótona rutina de cualquier centro de distracción caliginoso y hediente o, en el mejor de los casos, se cruza a ciegas el paisaje a impulsos exclusivamente de un físico anhelo de expansión.

Acaso el despertar de una nueva y gigante sensibilidad, comprensiva y amorosa, haya de ser labor de poetas, de poetas que no canten el artificio de las obras humanas, sino la majestad estética de la naturaleza.



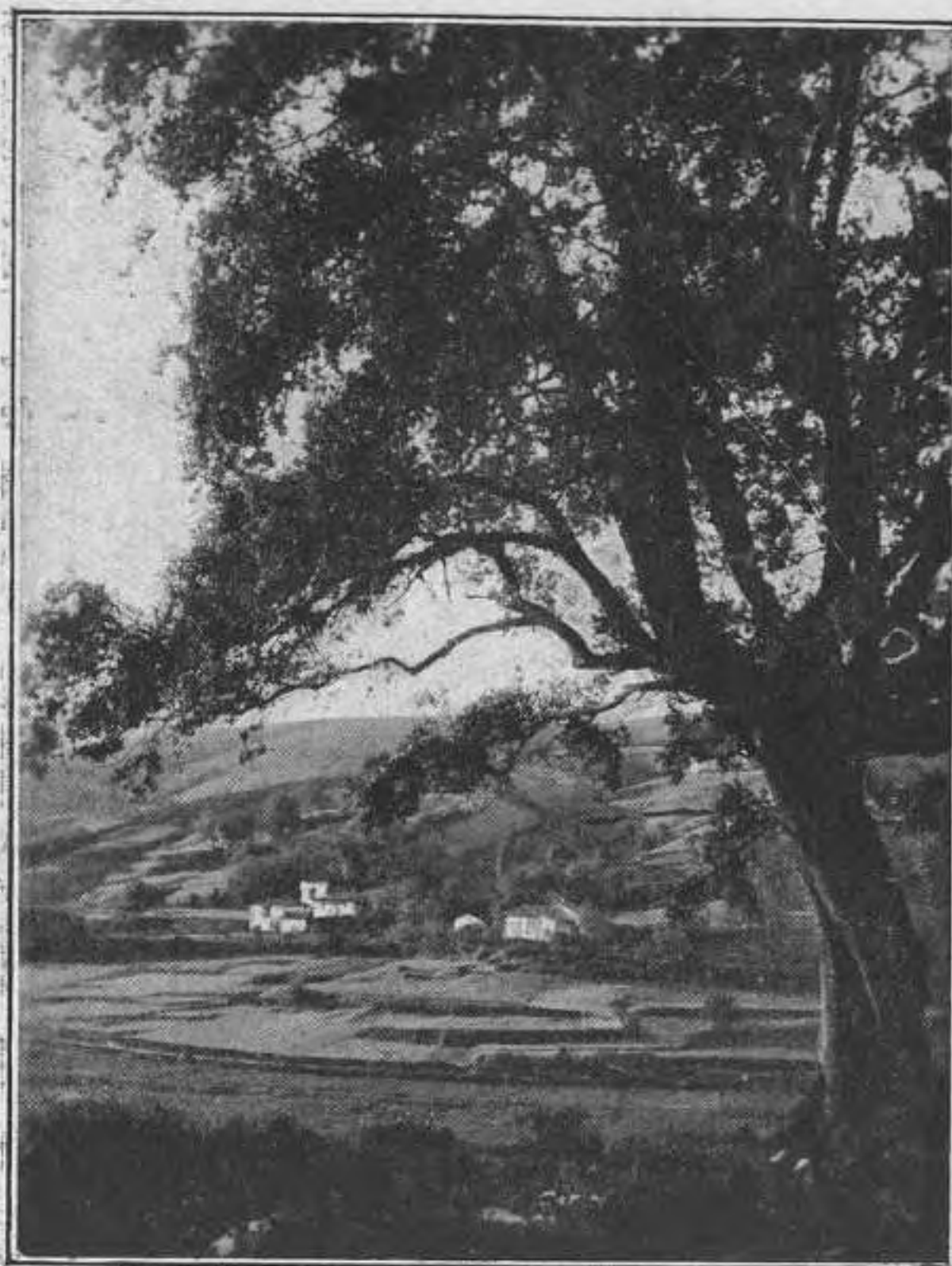


I.—TRÍPTICO PROLOGAL

EL CAMINO

El blanco y lavado camino de la Montaña invita como una voz eterna, seduce y atrae como una serpiente sagrada, abre ante el viajero las pinzas de sus puentes y le saluda con el rumor de los árboles que le dan escolta. En sus vueltas múltiples hay siempre un eco, en sus rectas un bello espejismo y en sus orillas caminos nuevos...

¡Blanco y lavado camino, que subes y bajas, recorriendo los valles, los collados, las hoces y las laderas y en los cruceros das la mano a tus hermanos blancos y acogedores, tú eres el que nos lleva al corazón de la Montaña!



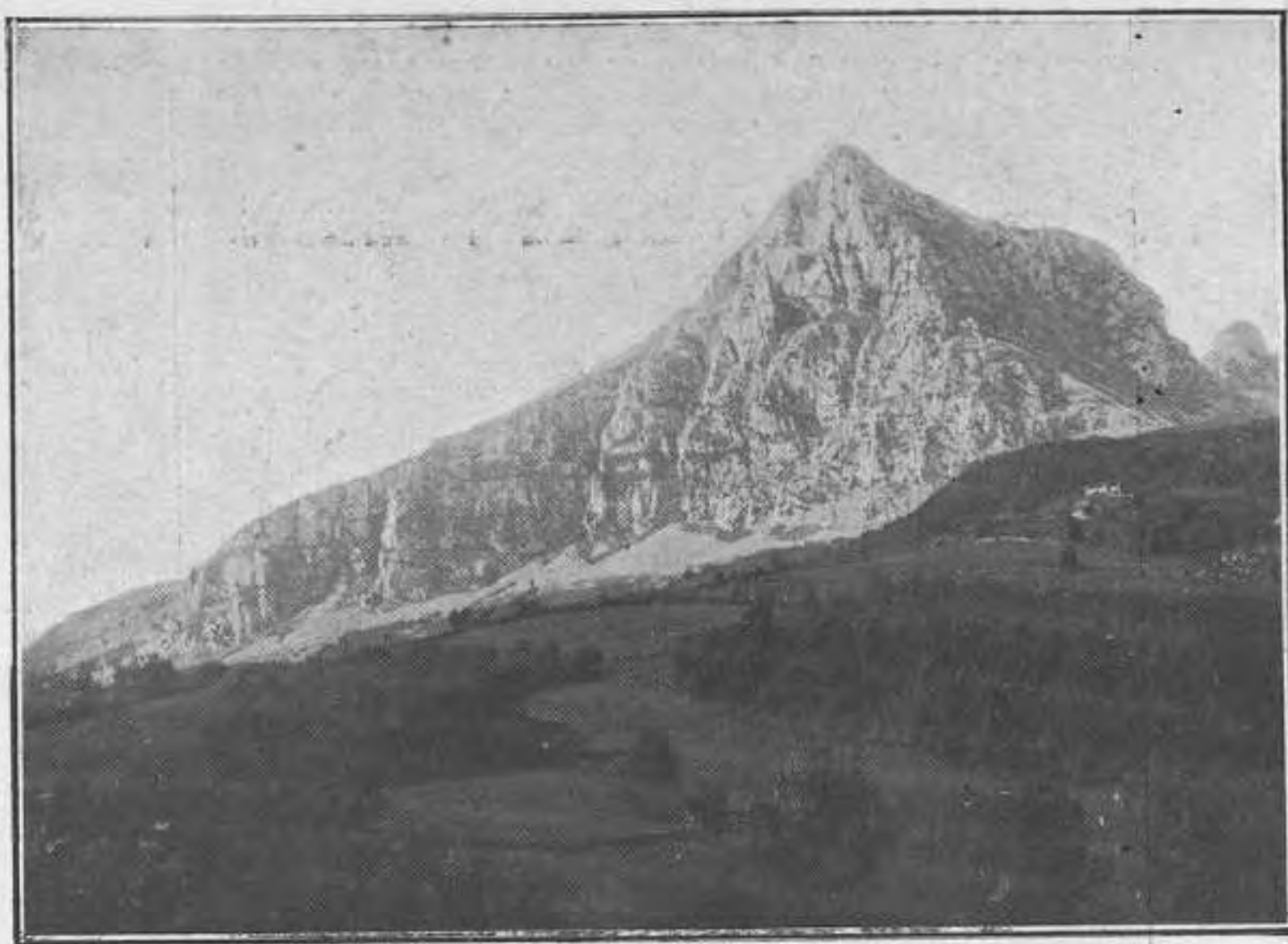
EL VALLE

El valle es esa tierra que no necesita más ni nada le sobra. Dentro del cerco de sus montes conserva la clausura de los conventos puros.

El sol sube sobre el valle rociado y el valle brillante es desde lo alto en la mañana húmeda una estrella que va cobrando vida en el día.

Hay un río que va de pueblo en pueblo, cantando en las represas; hay el camino que busca la montaña; hay un viajero rico, que llega todas las tardes con noticias nuevas y hay una vieja que nunca, nunca estuvo en la ciudad y cree que la tierra es plana.

El sol cae por la tarde sobre el valle feliz y le envuelve en un velo de brumas nacaradas. Y de la estrella diurna sólo se ve, a la noche, un destello en la abierta ventana donde una moza sueña mirando a las estrellas del cielo.



LA MONTAÑA

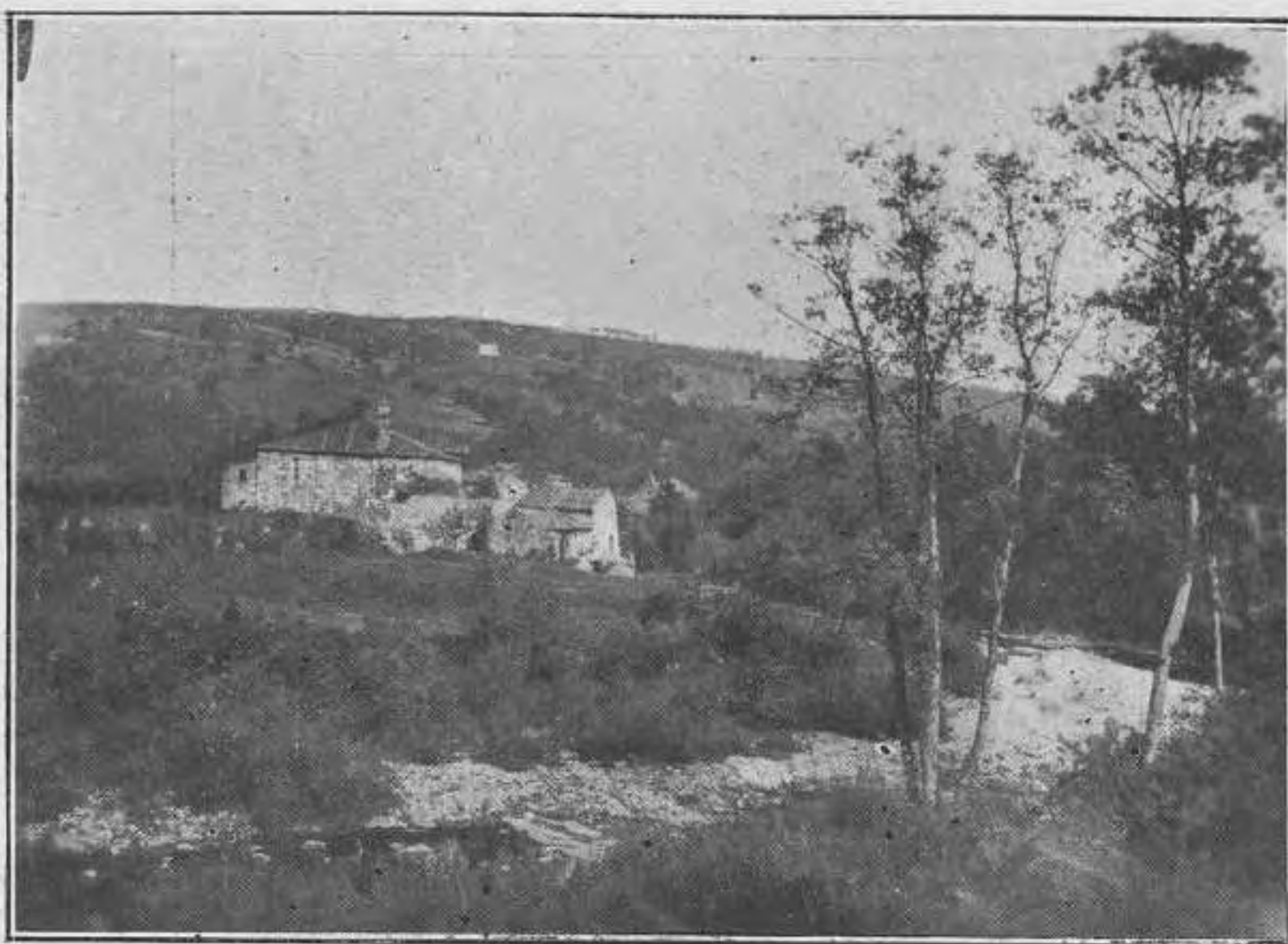
Montañas verdes, montañas blancas, montañas rojas: es una acogedora bandera verde, blanca y roja la de la montaña montañesa.

Montaña, dura montaña blanca, engalanada de lastras como encajes y albas flores de rosal silvestre, barrera de las claras nieblas.

Montaña, tierna montaña verde, remendada de praderías, ubre fecunda para el labrador, manantial de los limpios arroyos que saltan hasta las turbinas bienhechoras.

Montaña, dúctil montaña roja, donde a la herida del pico y el barreno surge la rica entraña, que sonará en las fábricas como un clarín mundial.

¡Tremola frente al mar Cantábrico la bandera roja, blanca y verde de la montaña montañesa!



II.—COLOR

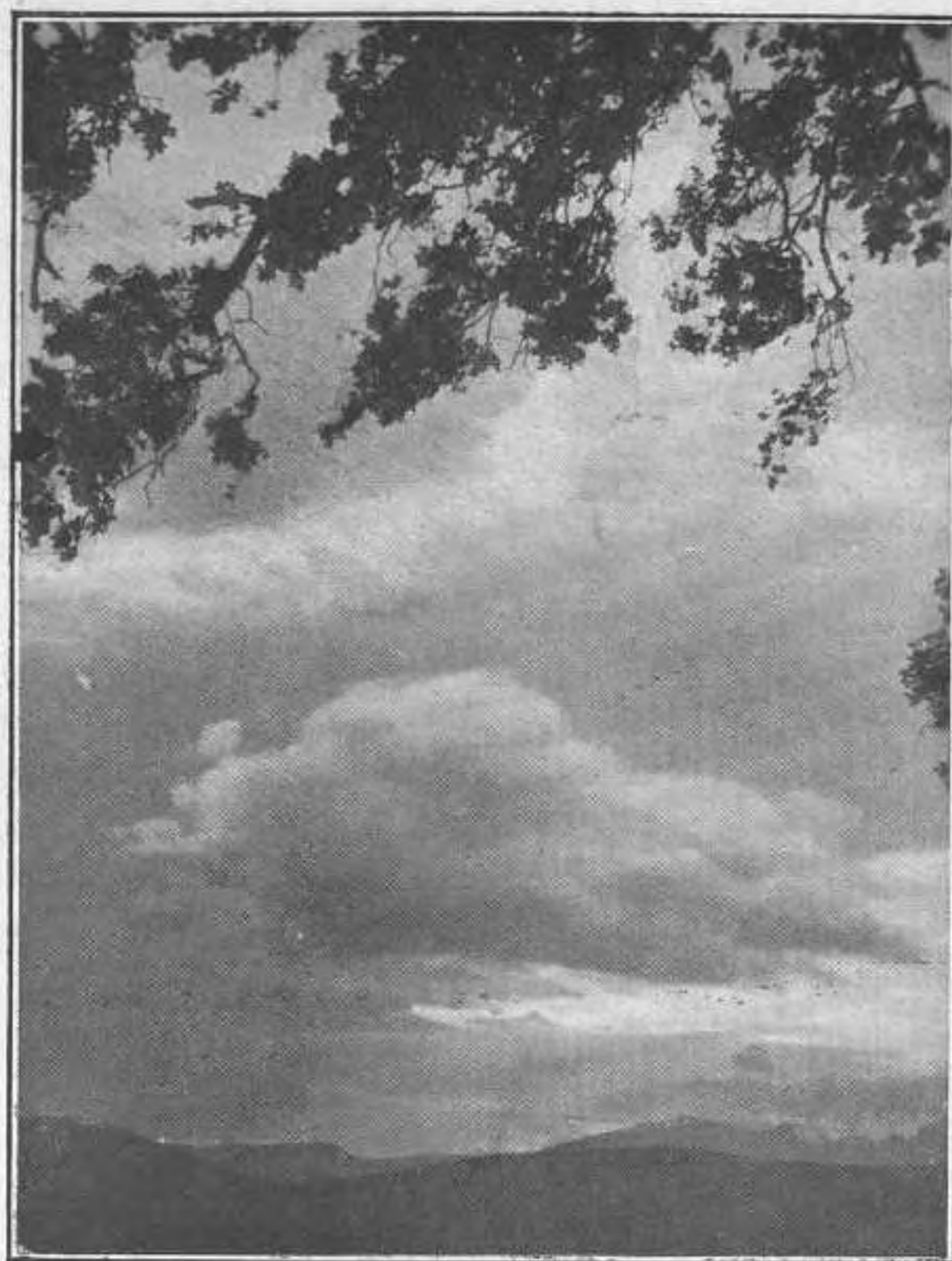
EL CAMPO

El campo montañés es una esmeralda en el anillo de las tierras del Norte.

En los días claros, desde que se esfuma el tinte blanco y rosa del alba, su verdor es brillante y pálido hasta el crepúsculo de la tarde, que le dora el adiós del sol.

Es ténue y triste en los días turbios, cuando los vientos le agitan, le azota el chubasco y el agua resbala sobre las praderías en vellones de cellisca.

No son los días de sol ni de borrasca los que realzan la belleza del campo montañés. Vedle en su hora serena, bajo un cielo de nubes—cántabro día: promesas de lluvia y algún guiño del sol.—Entonces la esmeralda, limpia de todo vaho, es una hermosa joya en el anillo de las tierras del Norte.



EL CIELO

Toda el alma de la Montaña vive sometida a su cielo. Cielo en que mandan los vientos y las nubes... Cielo que ha desterrado el tópico del azul.

Pasan los vientos: el cálido sur de los otoños y las primaveras, el tibio nordeste estival, el crudo vendaval de los temporales...

Pasan las nubes, blancas bajo la fuerza del sol, rosadas en los atardeceres, grises de plata delante de la luna...

Toda el alma de la Montaña vive sometida a su cielo como al acorde de una eterna sinfonía en gris mayor.



EL MAR

Corre su presa sobre la calma, en que se refleja la celeste luz, los rojos crepúsculos, los nubarrones negros o la noche estrellada.

Entre su oleaje saltan al sol los lustrosos delfines y se ocultan las barcas de los pescadores. Su espuma es caricia en los vientres juguetones y martillo contra las bordas.

Esconde su furia debajo de sí mismo, hasta que se rasga voraz, convulso por los vientos y tirano entre el trueno y la costa bravía.

Entonces muge en el día y en la noche. El destello del faro pasa como una caricia luminosa sobre el cerrado horizonte y las nieblas, punzadas por las sirenas, se desmayan sobre la costa.

Y aún, en las horas claras de verano, un mercachifle ambulante os asegurará que podréis entender toda la furia del Cantábrico dentro de un caracol marino.

FRANCISCO CUBRÍA SAINZ

(Continuará)



LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

«MITOS Y LEYENDAS», «BRAÑAFLOR» Y «LAS ANJANAS» POR MANUEL LLANO.—Suele ser norma harto general entre historiadores y cronistas el circunscribir la investigación para sus disquisiciones históricas a los polvorientos papeles y pergaminos de archivos y bibliotecas, dejando a un lado ese otro riquísimo archivo de la tradición oral del pueblo, abundante venero y manantial perenne en el que viven a la hora de ahora y retoñan con jugo y frescor primaverales narraciones y leyendas, sucedidos y consejas, costumbres y creaciones del espíritu popular, sin lo que no es posible reconstruir la vida de las edades pretéritas, ni la psicología, sentimientos y afectos de los hombres que salen a plaza en las páginas de la historia.

Por eso están todavía sin escribir muy bellos capítulos de la de nuestra región, y por eso cabe aplaudir fervorosamente y repicar y echar a vuelo las campanas del entusiasmo regional, como en día de fiesta y regocijo, cuando sacan las prensas a la luz, en libros como estos de Manuel Llano, una muestra, aunque no más, de cualquiera de los productos y manifestaciones de la cultura popular, cuyo estudio singularmente para literatos y jurisconsultos, para el historiador de las artes plásticas y de la literatura, de la música y de la danza tanto interés ofrece según se ha puesto de relieve repetidas veces, ya que son notorios la importancia que en la historia del desenvolvimiento del derecho tiene el conocimiento de las legislaciones consuetudinarias de los pueblos, y el valor que dan la ciencia y la estética modernas a las varias formas y creaciones del arte popular, ingenuas y rudimentarias a las veces, pero sentadas

sobre esenciales fundamentos estéticos que pueden ponerse al lado de aquellos otros principios en que se apoyan y cimentan las obras maestras del arte en general.

Y ese aplauso y alegre repique y volteo de campanas en señal de júbilo, como en día de fiesta de aldea en que se entonan picayos al Santo, debe con más razón dedicarse al autor de estos libros porque ha puesto sus afanes en recoger amorosamente, y para que no desaparezcan al soplo de aires modernos, esas manifestaciones de la cultura popular en nuestra provincia donde precisamente son tan contados los que laboran en esta clase de estudios e investigaciones, a pesar de ser tan abundante y reverdecida la cosecha que en floración espontánea y hermosa nos ofrecen los distintos productos de la mentalidad del pueblo que se estudian y comprenden bajo el nombre genérico de Folklore.

Canciones y leyendas, cuentos y romances, los diversos elementos que suelen incluirse en el nombre de gramática y nomenclatura populares; los usos e instituciones, ceremonias, juegos y espectáculos, mitos y supersticiones; los conocimientos y obras vulgares de los oficios, de las industrias y de las artes del pueblo, dan material abundante al folklorista que investiga la tradición oral en la Montaña.

Cierto es que no escasean en esta provincia las obras que pueden ser buenas fuentes, aunque indirectas, para quien pretenda conocer las costumbres de la misma, el dialecto montañés tan rico en vocablos, los cantos regionales o algo de cuanto estudian los modernos folkloristas. Con el título *El Folklore montañés* publiqué hace algunos años unos artículos en que señalaba concretamente las obras que pudiéramos tener como fuente de investigación para los estudios folklóricos en la Montaña, no todas del mismo mérito ni aprovechables en su totalidad, y útiles, a veces, usadas con severa crítica y previo análisis, pues no debe echarse en olvido la facilidad con que se convierten en obra de imaginación de artista culto los materiales de producción popular, perdiendo con eso el valor puramente folklórico.

Muy pocas han sido las notas y referencias que desde aquella fecha —año 1918— he tenido que añadir a ese capítulo de la bibliografía folklórica montañesa, y eso es de sobra causa y razón para que se pongan de manifiesto la importancia e interés de esta labor llevada a cabo por el notable escritor de costumbres regionales que ha dado a las prensas últimamente *Mitos y leyendas populares recogidos de la tradición oral, Brañaflor y Las Anjanas*.

Acaso el folklorista científico eche de menos en estos libros el análisis y estudio comparativo de los elementos folklóricos contenidos en ellos, si se considera el carácter de ciencia étnica comparativa que ha de darse al Folklore. Pero es preciso tener en cuenta que esas disquisiciones y

comentarios, tales notas y estudios comparativos entre los materiales folklóricos de nuestra provincia de Santander y los de otros pueblos, así como la perfecta clasificación y seriación señalando la diferencia entre mitos y leyendas, cuentos y tradiciones, presuponen y exigen en primer término la investigación en la tradición oral como fuente directa, y la previa recolección de los elementos que hayan de estudiarse. Y esa investigación, encaminada a recoger los productos de la mentalidad del pueblo, dentro de un área geográfica determinada, es lo que se propuso el colector de esas leyendas y tradiciones, dichos y frases populares para dar de este modo materia de estudio al folklorista y unas bellas páginas recreativo-literarias que sirvan de sabroso deleite a cuantos sin ser folkloristas, buscan aquellas formas y caracteres de la belleza que brillan como oro purísimo en las obras de producción popular.

Por eso bien merece el autor de tales obras sinceros elogios y un aplauso efusivo y prolongado, pues ha cumplido en ellas los fines que se propuso, haciéndose a la vez acreedor a un más alto reconocimiento por parte de la cultura regional si logra con esta sementera de materiales folklóricos que broten y renazcan en cada montañés que pose los ojos en estos libros, anhelos y aficiones al cultivo y estudio del saber popular, cuyos productos viven y reflorecen, como en ambiente propio, en la vieja casona y en los seles y linderas de las hazas, entre los rosales de los huertos en flor o al son del río aldeano en los senderos campestres de la Montaña.

TOMÁS MAZA SOLANO

